

# Ilustración Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1904 →

NÚM. 1.197

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN PARÉS. - ARTE MODERNO



UN BIENAVENTURADO, cuadro de † José Jiménez Aranda

## SUMARIO

**Texto.**— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *La visión*, por José de Laserna. — *Joaquín Sorolla y la pintura española en la actualidad*, por Leonardo Williams. — *Cuarto centenario de la muerte de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Hilda*, novela ilustrada (conclusión). — *Industrias parisienses*, por M. de Nevers. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.**— *Un bienaventurado*, cuadro de José Jiménez Aranda. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *La visión*. — *El baño*. — *Cosiendo la vela*. — *Un experimento*. — *La playa de Valencia*. — *La vendimia*. — *Segovianos*, cuadros de Joaquín Sorolla. — *Doña Isabel I la Católica*. — *Espada que usó el rey Fernando en la conquista de Granada y corona y cetro que usaba Doña Isabel la Católica*. — *Mausoleo de los Reyes Católicos en la capilla Real de Granada*. — *Guerra ruso-japonesa*. — *Tropas japonesas descansando*. — *Llegada á Mukden del tren hospital enviado por la Emperatriz madre*. — *Los refugiados chinos en la ciudad de Mukden*. — *Ejecución de tres rebeldes coreanos fusilados por los japoneses*. — *Colocación de la estatua de la Virgen en el pico el Diente del Gigante*. — *El «coltador» de pipas*. — *El trapero*. — *El «angel de la guarda»*. — *Un «pata mojada» (colillero)*. — *El adivinador de charadas, jeroglíficos, etc.*, etc. — *Granada*. — *Cuarto centenario de la muerte de Doña Isabel la Católica*. *Puerta de entrada de la capilla Real*.

## CRÓNICA DE TEATROS

Para la gente aristocrática de Madrid, el acontecimiento teatral de más importancia durante el mes último ha sido la visita que acaban de hacernos los famosos artistas parisienses Jane Harding y Le Bargy. La sala de la Princesa, en las cuatro noches de función extranjera, ofreció un aspecto deslumbrador. ¡Qué de damas linajudas luciendo el descotado busto! ¡Qué de niñas casaderas de las familias más empingorotadas de la corte! ¡Qué de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones! Los que no tenemos ni un mal pergamino heráldico nos sentíamos un tanto cohibidos y *deplacés*.

Y lo extraño del caso es que toda esta concurrencia elegante y distinguida, la misma que en los miércoles de moda del Español charla que se las pela en plateas, palcos y butacas, sin cuidarse poco ni mucho de lo que pasa en el escenario, asiste a la representación de obras francesas con la boca abierta y con un recogimiento casi casi religioso.

Y no vaya á creerse que las obras representadas por los franceses tenían gran novedad. A excepción de la comedia de Donnay *Le retour de Jerusalem*, todas las demás, *Demi-monde*, *La chatelaine* y *L'étrangere*, habían sido muchas veces representadas en español y algunas de una manera perfecta, en lo tocante á las protagonistas, por María Tubau.

La que de las cuatro comedias ofrecía mayor interés era *Le retour de Jerusalem*, objeto de acaloradas discusiones en la prensa francesa. Pero lo que en París tiene mayor atractivo para el público, es precisamente para Madrid lo más pesado y soporífero. Y la razón es clara. ¿Qué nos importa á nosotros el problema semita, ni cómo han de interesarnos los antagonismos existentes en Francia entre nacionalistas y deifrusistas? De todo esto, por boca de sus personajes, se ocupa latamente Donnay en su debatida comedia.

Lo que para nosotros hubiera podido tener algún atractivo era la fábula en que el autor ha vaciado su pensamiento, y esta fábula es por extremo vulgar y ya repetida hasta la saciedad por novelistas y dramaturgos. En *Le retour de Jerusalem*, Michel y Enriqueta, no obstante tener ideas opuestas sobre todas las grandes cuestiones que preocupan al espíritu humano, siéntense atraídos por el amor y únense, atropellando por todos los respetos; pero cuando aquél se debilita ó enfria, las reyertas estallan, la oposición entre ambas maneras de pensar (el pensar judío de ella y el pensar cristiano de él) se acentúa, y después de una violentísima escena, Michel y Enriqueta deciden separarse, y cada cual se va por su lado.

Esta incompatibilidad de caracteres y de ideas, que al fin y á la postre acaba por apagar la llama del amor, ha sido ya magistralmente presentada en la novela por Galdós (*La familia de León Roch*) y en el teatro por Hauptmann (*Almas solitarias*). Sin duda Donnay tuvo á la vista la comedia alemana al escribir *Le retour de Jerusalem*.

Pero si las obras francesas recientemente representadas, las unas por demasiado conocidas y la otra por su exotismo, no han producido gran entusiasmo, en cambio, justo es decirlo, Jane Harding ha sido unánimemente ensalzada y calurosamente aplaudida. Llegó y triunfó. Su figura es arrogante, su rostro bello y expresivo, sus ojos elocuentes, su voz adopta con asombrosa flexibilidad las inflexiones propias de los más diversos sentimientos; sus actitudes ó *poses* todas son artísticas, y su naturalidad nos hace olvidar en algunos momentos la ficción escénica. Sin

gritos, ni desplantes, ni violencias, ni *latiguillos*, ni mutis aparatosos, sabe expresar todos los estados de alma de los personajes por ella representados. En la Susana de *Demi-monde*, en la Teresa de *La chatelaine*, en la Enriqueta de *Le retour de Jerusalem* y en la duquesa de Geptmons de *L'étrangere*, hizo verdaderas maravillas de arte. Ciertamente, Juana Harding es una gran actriz.

También Le Bargy, ya conocido en Madrid, ha obtenido, y con justicia, muchos y entusiastas aplausos. Por esta vez el público madrileño no se puede llamar á engaño. Él ha pagado bien caro el placer de admirar á los artistas franceses (las localidades costaban un sentido), pero no ha perdido su dinero.

\* \*

Linares Astray no descansa. En lo que llevamos de temporada ha estrenado ya dos dramas, *La estirpe de Júpiter*, en el Español, y *La divina palabra*, en la Comedia.

Con este nombre de *La estirpe de Júpiter* ha querido Linares designar la clase alta, á los privilegiados, á los que en punto á placeres, buena vida y desenfado para hacer lo que les viene en gana, son ni más ni menos que los propios dioses del Olimpo. ¡Válgame Dios y cómo pone el autor á los descendientes de la pagana deidad! En el patio de Monipodio—he dicho otra vez—había más honradez que en la sociedad que pinta Linares. Creo sinceramente que se le ha ido la mano al fecundo escritor.

El pensamiento de *La estirpe de Júpiter* tiene cierta semejanza con *El fin de Sodoma*, de Sudermann. En el drama alemán se nos presenta á un artista absorbido y aniquilado por lo que pudiéramos llamar el *Demi-monde* de Berlín. En el drama de Linares el pintor Lorenzo, lanzado por su celebridad en la sociedad elegante, está á punto de sucumbir como artista y como hombre. Por fortuna para Lorenzo, su reconciliación con Cloto, su modelo, el verdadero amor, le devuelve la inspiración, el deseo de vivir y el ansia de gloria.

La comedia tiene cuatro actos: en el primero asistimos al triunfo del pintor, nos enteramos de sus amores con Cloto y de los flirteos de la duquesa de Sabreda con el artista. En el segundo acto Lorenzo riñe con la modelo, y para festejar á la duquesa da una fiesta chulesca en el estudio, á la cual asiste lo más distinguido de Madrid. En el tercero, el pintor, en una escena sumamente cruda, rompe con la duquesa, y en el cuarto se reconcilia con Cloto.

La presentación de la obra fué verdaderamente notable. El estudio del pintor contenía cuanto puede apetecer el artista más refinado: cuadros de firmas ilustres, armas antiguas, estatuas, tapices, jarrones, todo ello primoroso y exquisito... Ciertamente, no es posible que se presente con más lujo y propiedad una obra escénica en ningún teatro de Europa.

Tampoco se presentó pobremente en la Comedia el drama, también de Linares, *La divina palabra*. Quizás por esto, ó sea por los gastos que ha tenido que hacer la empresa, la obra de Linares sigue, al escribir estas líneas, en el cartel. El autor, separándose esta vez del campo de la sátira social, se ha aventurado por los ásperos senderos ibsenianos. El protagonista de *La divina palabra* es un enfermo de la medula (Borrás). Este enfermo se enamora de una guapa muchacha (la Pino). Ella corresponde al amor del enfermo. Pero la madre de la chica y el médico, con muy buen acuerdo, se oponen á un matrimonio verdaderamente absurdo. Pero como los enamorados se obstinan en casarse, la madre y el doctor, con una claridad verdaderamente cruel, hacen entender al pobre atáxico que no tiene remedio su mal. El enfermo, desesperado, se suicida bebiendo un veneno que el doctor ha tenido la imprevisión de dejar al alcance de su mano.

El público oyó con paciencia los dos primeros actos. En el último, fatigado sin duda por el carácter patológico del drama y por las sentencias filosóficas que á cada dos por tres sueltan los personajes, no pudo contenerse y mostró su disgusto en forma bastante expresiva.

De suponer es que Linares se desquitará pronto.

\* \*

El teatro que está de enhorabuena es el de Lara. Todas las noches se ve llena de bote en bote la célebre bombonera. Por ella está desfilando todo Madrid para aplaudir y admirar la lindísima comedia de los Quintero titulada *El amor que pasa*. Reúnen-se en ella gracia de la mejor ley, fino ingenio, ternura y poesía. El argumento es como sigue: en Arenales del Río, pueblo de Andalucía, reinan el tedio y la vulgaridad, que suelen ser los caracteres de la

vida lugareña. Las muchachas del lugar están ansiosas de novio, porque es el caso que los señoritos del pueblo sólo piensan en empinar el codo y en hacer vida de casino.

La casualidad lleva á Arenales á un guapo mozo, elegante y distinguido. En cuanto le ven, las chicas más bonitas del pueblo se alborotan y despepitan por conquistarle. Dos, sobre todo, se prendan del forastero, que á su vez se deja querer, aunque dedicando sus principales finezas á Socorrito. El tiempo que el viajero debe permanecer en Arenales termina, y Alvaro, que es el nombre del joven, se dispone á partir. El no ha engañado á nadie; su vida errante le arrastra, no volverá al pueblo, y de aquellos días alegres y de aquellos amores efímeros no quedará otra cosa que un recuerdo cada vez más débil... Imagen del vivir, en el cual todo va quedando atrás, todo se borra, todo se olvida...

Y Alvaro parte, y sus amigos y amigas de una semana se agrupan para ver al que se aleja, y le ven durante breve rato y le saludan por última vez agitando los pañuelos... Y así se desvanece *El amor que pasa*.

Si á esto se añade una ejecución perfecta, se comprenderá por qué es ahora Lara el teatro predilecto de la gente madrileña.

\* \*

También, con éxito muy lisonjero, se ha estrenado recientemente en la Princesa el drama titulado *El catedrático*, original de José Francos Rodríguez. Tiene esta obra dos cualidades que siempre vencen en el teatro: interés y sentimiento. Desde la primera escena queda cautiva la atención del público.

Juzgue de ello el lector.

Un bedel de la Universidad central y su mujer, una portera, han hecho todo género de sacrificios para educar y dar carrera á su hijo. Éste, que si mal no recuerdo, se llama Pablo, ha respondido con creces á los esfuerzos de su padre. Ha terminado sus estudios con gran brillantez y acaba de hacer oposiciones á la cátedra de Derecho Penal. Los dos viejos están que no caben en sí de gozo; también lo está una vecina joven y guapa, enamorada de Pablo. El tribunal va á decidir en aquel momento, y todos menos los padres han ido á saber el fallo de los jueces.

En tanto el bedel y su mujer recuerdan sus afanes, que pronto van á alcanzar el anhelado premio. De las palabras de los ancianos se desprende que hay una sombra en su vida y un gran remordimiento en sus corazonas. Pronto empieza á aclararse el misterio; suena un campanillazo y preséntase en escena un joven de mal aspecto y descuidado vestir. Por sus irónicas frases y por la timidez con que los viejos le contestan, se echa de ver que el recién venido tiene motivos para amedrentar á los viejos «Todo puede arreglarse—dice.—Yo puedo vengarme del mal que me habéis hecho. No lo haré si influis para que la mujer á quien quiere vuestro hijo se case conmigo.»

En esto llegan Pablo y sus amigos. El hijo de Galiano el bedel es catedrático. Todos se regocijan; pero aquel cuadro de felicidad queda nublado por las enigmáticas palabras del desconocido.

El interés sube de punto en el segundo acto. Pablo hace venir á su casa al hombre de las palabras misteriosas. Cuenta éste su historia, cómo quedó huérfano y confiado al bedel, y como éste, para dar carrera á su hijo, roba al otro su caudal, dejándole abandonado en medio del arroyo. Pablo cree que aquello es una vil calumnia; pero sus padres confirman con su confesión las palabras del huérfano. Robaron por él para crearle un porvenir, para que brillase y ocupase un alto puesto en la sociedad, el puesto que con su talento ha conquistado.

Pero tales razones no convencen á Pablo: él, que hasta entonces estaba orgulloso de su origen, ahora lo mira con vergüenza. En Pablo se refleja el delito de sus padres, y su vida es, á partir del instante de la revelación, un tormento continuado, tormento que se aguda con la persecución de que es objeto por parte del despojado. A todas partes le sigue éste; á la cátedra, á las academias; adondequiera que va Pablo, allí aparece el otro como su sombra.

Un día (acto tercero) el catedrático pronuncia en un *meeting* un discurso sobre las injusticias sociales. Allí está su perseguidor, interrumpiéndole con sus sarcasmos. El catedrático, ciego de furor, desciende de la tribuna, se lanza sobre su interruptor y lo estrangula, sin que las personas que los rodean puedan impedir aquel nuevo delito.

Así termina el drama, que á pesar de este final demasiado rápido é inferior á las demás partes de la obra, fué aplaudido con verdadero entusiasmo.

ZEDA.



Josemari relatando á sus convecinos cómo fué muerto en la acción de Igurrieta

### La visión, por José de Laserna

(DIBUJO DE SARDÁ)

Se hablaba de la guerra.  
 El frío de diciembre helaba, como dijo el otro, hasta las conjeturas, y los habituales parroquianos de la taberna de Martinchu, en Achurri, se reanimaban trasegando sendos jarros de chacoli y refiriendo proezas de carlistas y liberales en el memorable sitio de Bilbao y diversas hazañas de nuestras últimas discordias civiles.  
 —Aquí tenéis á Josemari, dijo uno del corro, que estuvo en la famosa acción de Igurrieta con la partida del cura de Allauri. Buena paliza los dieron los *guiris* á los de tu pueblo, Josemari.  
 —Yo fui muerto en la acción, exclamó Josemari con toda seriedad.  
 Una carcajada general acogió la salida.  
 —Digo que fui muerto en los campos de Igurrieta y pasó como lo digo. Reirse.  
 —Nos reímos porque resucitaste, por lo visto, y eso nos alegra.  
 —Anda, suelta esa bola.  
 —Sí, sí, que lo cuente.  
 Josemari insistió cada vez con mayor gravedad:  
 —Resucité, no seáis lerdos, como no hubierais resucitado vosotros y estaríais muertos para toda la vida. Conque bola. Bueno. Ahí está Chomín el de Ripa, que con su parális y todo se acordará muy bien.  
 —¿Vive, pues, Chomín?  
 —Vaya si te vive, pero como medio lelo le tienes, interrumpió el amo del establecimiento. Cuenta, pues.  
 —A eso voy, Martinchu, prosiguió el muerto de Igurrieta. Así está Chomín precisamente desde aquella noche de ánimas, que no se me olvidará nunca, en que nos encontramos con las tropas cuando menos lo pensábamos. Iban también en la columna los auxiliares de la contraguerrilla del manco de Burgos, á la que pertenecía Chomín. A los que temíamos principalmente era á los auxiliares, que no daban cuartel, y con pretexto de la guerra satisfacían sus resentimientos particulares y sus venganzas muchos de ellos. El arrote de Chomín se había querido casar en mi pueblo, y yo, sin mala intención, por la Virgen

de Begoña lo juro, le quité la novia. Fué cosa de ella.  
 Josemari apuró su jarro, tomó alientos y en medio de sepulcral silencio reanudó su relato.  
 —Ya sabéis cómo las gastaba Chomín entonces. Era el terror de diez leguas á la redonda, blasfemaba de Dios y de todos los santos de la corte celestial, y por descosido, maldiciente y hereje se le hacía la cruz como al diablo en persona. Hasta dicen que fué *framason*. Cuando el cura de Allauri reclutó la gente, me preparaba á mí para entrar en el Seminario y no tuve más remedio que seguirle y me eché al campo. Yo no tenía vocación para la iglesia, pero no quería de pronto llevarles la contraria á mis padres, esperando ocasión de decir la verdad. Yendo al grano, nos sorprendieron en Igurrieta la noche de ánimas. Eran cuatro veces más que nosotros, y sin que pudiéramos disparar un tiro, nos acorralaron y nos hicieron un destrozo. Perseguido de cerca por los auxiliares, creí llegada mi última hora y me tiré de bruces medio hundiéndome en la nieve y haciéndome el muerto. Muerto en realidad estaba de susto. Dando caza á otros pasaron por encima de mí. «¡A ellos, á ellos, que no quede uno de esos perros!» oí vociferar á Chomín, vomitando juramentos horribles. Quedó todo en silencio y el silencio me espantaba más. Confieso que tuve mucho miedo. A mí me repugnaba la guerra. ¿Por qué estaba yo allí? Qué sé yo. El cura lo sabría, que me había llevado. Sin respirar apenas, entumecido, yerto entre la nieve, con el frío de la muerte, permanecía inmóvil, rígido. Al cabo de algún tiempo, sentí el ruido de los camilleros que reconocían el campo y recogían los cadáveres. Heridos no había. Más de media partida quedó allí fusilada á quemarropa. A duras penas me arrastré al lado de un compañero que yacía con el fogonazo en la cara, chorreando sangre. Me embadurné como pude desfigurándome y me tendí boca arriba ahogando el aliento. Llegaron y me echaron al carro. Sobre mí fueron amontonando los cadáveres. Estas canas que cubren mi cabeza empezaron á salirme aquella noche de ánimas.  
 Hizo una pausa.

—Tráenos vino, Martinchu.  
 —Anda, sigue.  
 Bebieron y siguió Josemari:  
 —Terminada la requisa, soldados y auxiliares iban delante fumando y charlando alegremente á la luz de las hachas de viento que les alumbraba en la obscuridad del camino. Yo trataba de deslizarme suavemente, sin ruido, y no podía. El peso de los cuerpos muertos me aplastaba como una montaña, y á veces por un brusco vaivén temía que se vinieran conmigo al suelo. Por fin conseguí libertarme de la carga forcejeando y caí sobre la nieve descolgándome lentamente, sin que se notase. Pensé en huir. Pero ¿cómo? Nos habían copado y seguramente una línea de centinelas me cerraría el paso. Entonces reparé en una tea que sin duda se había desprendido del carro, y se me ocurrió una cosa que en aquellas circunstancias me pareció la única capaz de salvarme. Un recurso inocente, si queréis, pero no había otro, y yo, por el recuerdo confuso de cuentos y consejas de mi niñez, no muy lejana entonces todavía, creí de gran resultado. Con la cara ennegrecida y roja por la sangre y la pólvora con que me unté, la camisa por fuera y la tea encendida, ¿no podía pasar por un aparecido la noche de ánimas? Dicho y hecho. Avancé resuelto. «¡Alto! ¿Quién vive?» La voz de Chomín me heló la sangre. «Con este no me vale,» pensé aterrado. Irle á él con aparecidos, que era *framason* y se le daba un pito del infierno entero. No retrocedí, sin embargo. Impulsado por el mismo terror seguí hacia él, hacia Chomín, sin saber hacia donde iba, maquinalmente, agitando la tea que llameaba, goteando brasas de resina. Chomín se fijó en mí, cayóse el fusil de sus manos, abrió la boca un palmo al igual de los ojos, se puso lívido, quiso gritar haciendo esfuerzos y no pudo. «Una visión, un fantasma..., loco..., loco...» murmuraba ronco, agitándose entre la nieve en una pataleta. Yo corría, corría, arrojé la tea, corría, corría á campo traviesa, como si acabara de resucitar, de salir de la tumba como una verdadera ánima en pena, y me retumbaban en la cabeza las palabras de Chomín pateando entre la nieve: «La visión..., el fantasma...»

## Joaquín Sorolla y la pintura española en la actualidad

La historia de la pintura moderna española aún no se ha escrito. La empresa es sin duda alguna á la vez trabajosa y atrayente, porque con dificultad nin-



EL BAÑO, cuadro de Joaquín Sorolla

guna otra nación ha sufrido, en estos últimos cien años, un cambio tan radical del arte, en todas sus manifestaciones.

Seis épocas distintas pueden señalarse en la pintura española. La primera, coetánea con las tristes luchas de una raza casi siempre en guerra, fué religiosa, y una vez arrojados los árabes al otro lado del estrecho, se tornó en el vigoroso y fecundo realismo, cuyo campeón más famoso fué Velázquez. La ceremoniosa dinastía de los Hapsburgos, muy especialmente castellana en sus costumbres y tradiciones, cedió su puesto á un extranjero, y España, aniquilada por muchos años de mal gobierno, aceptó sin resistencia el petulante clasicismo de Versalles. Durante cerca de un siglo se limitó á imitar las costumbres de sus vecinos; después, el realismo, que es el atributo dominante de su pintura, se mostró de nuevo con Goya, que en su tiempo fué, sin embargo, su único aunque insigne representante. Más tarde su influencia reaparece; pero cuando murió, sus compatriotas, envueltos en una guerra civil y en otros disturbios, estaban demasiado agitados para que pudieran consagrarse al arte. Tan pronto como las parcialidades se sosgaron, el noble aunque extraviado impulso, generado en parte por la Revolución francesa y en parte por la guerra de la Independencia española, produce la pintura histórica, representada por los Casado del Alisal, Rosales y Pradilla, que á su vez deja el puesto al realismo actual, que tiene su más alta representación en Joaquín Sorolla.

Hijo de padres humildes, nació en Valencia en 1862; quedóse huérfano siendo muy niño y le adoptó su tío José Piqueres, cerrajero, que sin duda alguna hubiera querido educarle para que le sucediera en su profesión; pero viendo que la única distracción de su sobrino consistía en garaba-

tear muñecos en los libros de la escuela, cuerdamente le envió primero á las clases de dibujo de la de Artesanos y más tarde á las de la Academia de Bellas Artes de Valencia. En una exposición local, celebrada en 1883, el joven artista presentó una cabeza de estudio y dos desnudos, ensayos precoces que llamaron la atención.

mueve á nadie, porque, como dijo elocuentemente Dickens, los efectos de los combates son tan transitorios como sus causas.

Así es que ese primer trabajo importante de Sorolla es moralmente falso. Además adolece de numerosas faltas técnicas, de esas que la aplicación y la experiencia acaban por hacer desaparecer. Las actitu-



COSIENDO LA VELA, cuadro de Joaquín Sorolla

Un año después, envió á la Nacional de Madrid su primer cuadro notable; *El Dos de Mayo de 1808*, cuyo asunto es la resistencia opuesta por los españoles, mandados por Daoiz y Velarde, á las fuerzas francesas. Obedeciendo á las exigencias de aquel momento histórico del arte español, este cuadro sólo trata de reproducir un incidente muerto y desaparecido; desde este punto de vista, no es ni mejor ni

des, dignas de los sentimientos ficticios que quieren representar, son violentas y forzadas, y el visible parecido que existe entre los rostros de los principales personajes indica á primera vista que ha servido para pintarlos un solo modelo. El colorido no es tan defectuoso.

A pesar de todo, era evidente que Sorolla poseía extraordinarias facultades, y la Diputación Provincial de su ciudad natal, sin perder momento, le señaló una pensión para que fuera á Roma. Allí estudió por poco tiempo, yendo luego á París; pero á los pocos meses volvió á Italia, fijando en esta ocasión su residencia en Asis. Durante su permanencia en el extranjero, sus obras, como lo demuestran los cuadros *El boulevard* y *El entierro de Cristo*, pintados respectivamente en París y Roma, son vulgares y tímidas, y hasta 1892, cuando hacía tiempo que estaba de vuelta en España, no se ve á la verdadera personalidad artística de Sorolla brotar de entre el cúmulo de moribundas preocupaciones romanas. En aquel año envió á Chicago la *Otra Margarita*, y el aplauso por todos prodigado le animó para entregarse en adelante á sus más íntimas convicciones.

Desde esa época, sus obras están siempre basadas en la vida que ve y siente á su alrededor, y con preferencia en la de las clases trabajado-



UN EXPERIMENTO, cuadro de Joaquín Sorolla

peor que la mayoría de las pinturas de historia, de asuntos bélicos. Ningún cuadro de ese género con-

ras, como cosa más reciente, más espontánea, más en armonía con las exigencias de esta época de acti-



LA PLAYA DE VALENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla

vidad, que únicamente vive del trabajo. Y desde entonces tiene Sorolla pocos rivales en la representación de la luz del sol y en el abundante calor del colorido; en ninguna parte ha hallado una fuente de inspiración más abundante ni más a su sabor que en la bulliciosa costa del Mediodía, que tanto conoce y ama; que entre los pescadores, sus mujeres y sus hijos, sus animales y sus botes. Y al mismo tiempo que sobresale en el paisaje y en el retrato, el tema de su mejor cuadro lo encontró en las playas de Valencia, de mil colores matizadas.

Debemos, sin embargo, hacer presente la influencia que en Sorolla han ejercido otros pintores, recordando que cuando se trata de una personalidad tan señalada como la suya, ha de dejarse a un lado toda idea de imitación, porque esta palabra, aplicada a la pintura, sólo admite un sentido, y ese es ruin. El que imita el arte ajeno repudia su propia personalidad. Mas al imitador que copia arrastrado por el entusiasmo y que produce una obra llena de grande y valiosa significación, debe aplicársele un calificativo más noble, y ningún otro término nos parece tan exacto y oportuno como el de «simpatizador.»

En este sentido, Sorolla ha copiado mucho. Un jefe tan eminente de la escuela realista como Bastien Lepage, forzosamente tenía que hacer en él profunda impresión, y en la mayor parte de sus obras se advierte también el espíritu de otros pintores; de Velázquez, Goya y Jiménez Aranda.

Aparte de eso, siempre toma a la naturaleza por modelo. Hasta para el defectuoso y, en cierto sentido, artificioso *Dos de Mayo*, improvisó su taller al aire libre en la plaza de toros de su ciudad natal. La *Otra Margarita* fué pintada en el Grao en el mismo vagón de tercera clase que en el cuadro se representa. «Un taller propiamente dicho, suele manifestar el mismo, es, después de todo, excepto para cierta clase de retratos, un artificio, una mentira; detesto tener que trabajar encerrado en él.» Durante el invierno, que siempre pasa en Madrid, sueña con volver a las playas de Javea ó de Valencia. Me ha referido, con una satisfacción casi infantil, el génesis, tan natural y tan al aire libre, de su famoso cuadro *Una herencia triste*, que le valió el gran premio y la Legión de Honor. «Un día—me dijo—estaba yo observando unos pescadores valencianos, cuando vi a gran distancia numerosos chiquillos desnudos dentro y fuera del mar, y cuidándoles, la airosa silueta de un solitario sacerdote. Eran los recogidos del Hospital de San Juan de Dios, los últimos desperdicios de la sociedad: ciegos, locos, tullidos y leprosos. No

puedo decirle a usted cuánto me impresionó aquella vista; pero sin pérdida de tiempo obtuve de los di-



LA VENDIMIA, cuadro de Joaquín Sorolla

rectores del Hospital que se me permitiera ir a trabajar entre ellos, y allí mismo, a la orilla del mar,

compuse y pinté mi cuadro.» Respecto a su técnica, lo vigoroso del trabajo de Sorolla pudiera hacer creer a los profanos que es el suyo un pincel atrevido é impetuoso. Sus pinceladas, sin embargo, aunque de una firmeza inconcebible, son más bien finas y frecuentes. Su paleta es muy sencilla; sólo se compone de una media docena de colores. Su percepción de la luz y de la sombra es de una finura maravillosa, y sin embargo, cosa bastante extraña, rara vez usa el blanco y el negro sin mezcla alguna. La luminosidad latente de la sombra exige, según Sorolla, el uso de un color que sea cálido y obscuro a la vez; la opacidad latente de la luz requiere otro cálido y a la vez luminoso. Esa teoría es sin duda la causa de su fuerza. Un día le dije que en su cuadro *Cosiendo la vela* yo no podía descubrir la menor huella de un blanco completamente puro, y que la vela, que parece deslumbrar la vista del espectador, es toda ella de un amarillo pronunciado. Volvióse hacia mí, preguntándome rápidamente: «¿Ha visto usted alguna vez, en la naturaleza, un blanco completamente puro?» Me aventuré a contestarle que la pared de una casa acabada de blanquear. «De ningún modo—exclamó:—en esa pared hay mil colores.»

Por supuesto, en ese punto, sus obras son mucho más convincentes que sus palabras. Es, sin embargo, un crítico juicioso y defiende sus doctrinas con tanto calor como persistencia. Otra de sus arraigadas creencias es en el valor de los objetos inanimados. Nunca he visto una pasión semejante por lo que podría llamarse la vitalidad de las cosas.

A pesar de su entusiasmo por lo más selecto del arte francés, con frecuencia se lamenta de las falsas ideas que respecto a España tanto abundan entre los compatriotas de Merimee y Teófilo Gautier. Es una lástima que toda copia fiel de la vida moderna en España, al cruzar los Pirineos, quede expuesta a ser calificada de falsa. La persona a quien este artículo está consagrado me ha dicho que hasta los mejores críticos parisienses, hablando de sus obras suelen terminar sus observaciones diciendo: «El Sr. Sorolla es un buen pintor, pero ¿por qué no pintará asuntos españoles?»

«¿Qué querrán—añade el artista,—que para darles gusto retrate a un caballero español con sombrero calañés y polainas con flecos, ó a una duquesa abrazando a un torero? Yo no hago más que asegurarles como son.»—LEONARDO WILLIAMS.



SEGOVIANOS, cuadro de Joaquín Sorolla

## Cuarto centenario de la muerte de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica

Cuatro siglos se han cumplido el 26 de noviembre último del fallecimiento de la reina ilustre, cuya figura, junto con la de su no menos ilustre esposo, el rey D. Fernando, llena una de las más grandiosas épocas de nuestra historia.



DOÑA ISABEL I LA CATÓLICA

La conquista de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, son hechos que bastarían por sí solos á hacer famosos, no uno, sino varios reinados: con el primero, se coronaba la epopeya de la Reconquista, arrojando de su último baluarte á los infieles que siete siglos antes invadieron la península, y se completaba la idea de la unión nacional, que se comprendía con el matrimonio de Isabel I de Castilla con Fernando I de Aragón; con el segundo, se ponía bajo la dominación española un continente inmenso, de una riqueza prodigiosa, que hubiera podido ser para España, la nación descubridora, inagotable fuente de prosperidades.

No son estos lugar ni ocasión á propósito para examinar la influencia que en nuestra historia y en nuestro modo de ser ejercieron tan trascendentales sucesos. Las faltas, los errores cometidos después, en modo alguno pueden empañar en lo más mínimo la gloria de aquellos reyes, que hicieron una nación grande y poderosa y legaron á sus sucesores un Estado fuerte y asentado sobre bases firmísimas que solamente era preciso conservar, evitando que los cimientos se destruyesen y que, como consecuencia, se desmoronase el edificio.

Dejemos estas consideraciones, y omitiendo también hacer mención de otros sucesos importantísimos de carácter militar y administrativo, que hicieron de aquel reinado el más brillante quizás de cuantos la historia de España registra, digamos algo de las solemnidades con que han conmemorado el cuarto centenario de la muerte de Isabel la Católica las ciudades de Granada y Medina del Campo, es decir, aquella en donde descansan los restos de la reina y aquella en donde falleció, en 26 de noviembre del año 1504.

En la Real capilla de la catedral granadina cele-

bráronse suntuosos funerales, á los que asistieron el ministro de la Guerra, en representación del gobierno, el arzobispo, las autoridades y comisiones y representaciones de todas las entidades científicas y literarias y de los centros oficiales. Cantáronse la misa de *Requiem* del maestro Torres (siglo XVII), el *O vos omnes* de Morales y una *Sequentia* del actual maestro de la capilla Sr. Vila, y el canónigo del Sacro Monte Sr. Espinosa pronunció una sentida oración fúnebre, en la que desarrolló el siguiente tema: «Así como Dios había elegido á la más pura y santa de las mujeres en la inmaculada persona de la Santísima Virgen para realizar en el mundo la unidad religiosa por la redención de Jesucristo, haciendo de todos los fieles un solo rebaño con un solo pastor, así también escogió á la más excelsa y magnánima de las reinas para fundar la unidad religiosa, política y nacional de España.»

En el teatro de Isabel la Católica efectuóse por la noche la velada organizada con motivo del centenario, á la que asistió numerosa y distinguida concurrencia: representóse el drama de Rodríguez Rubí *Isabel la Católica*, que terminó con una reproducción plástica del famoso cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*; las bandas de música del regimiento de Córdoba y de los obreros de la fábrica de pólvora tocaron escogidas piezas, y se leyeron inspiradas poesías de literatos granadinos.

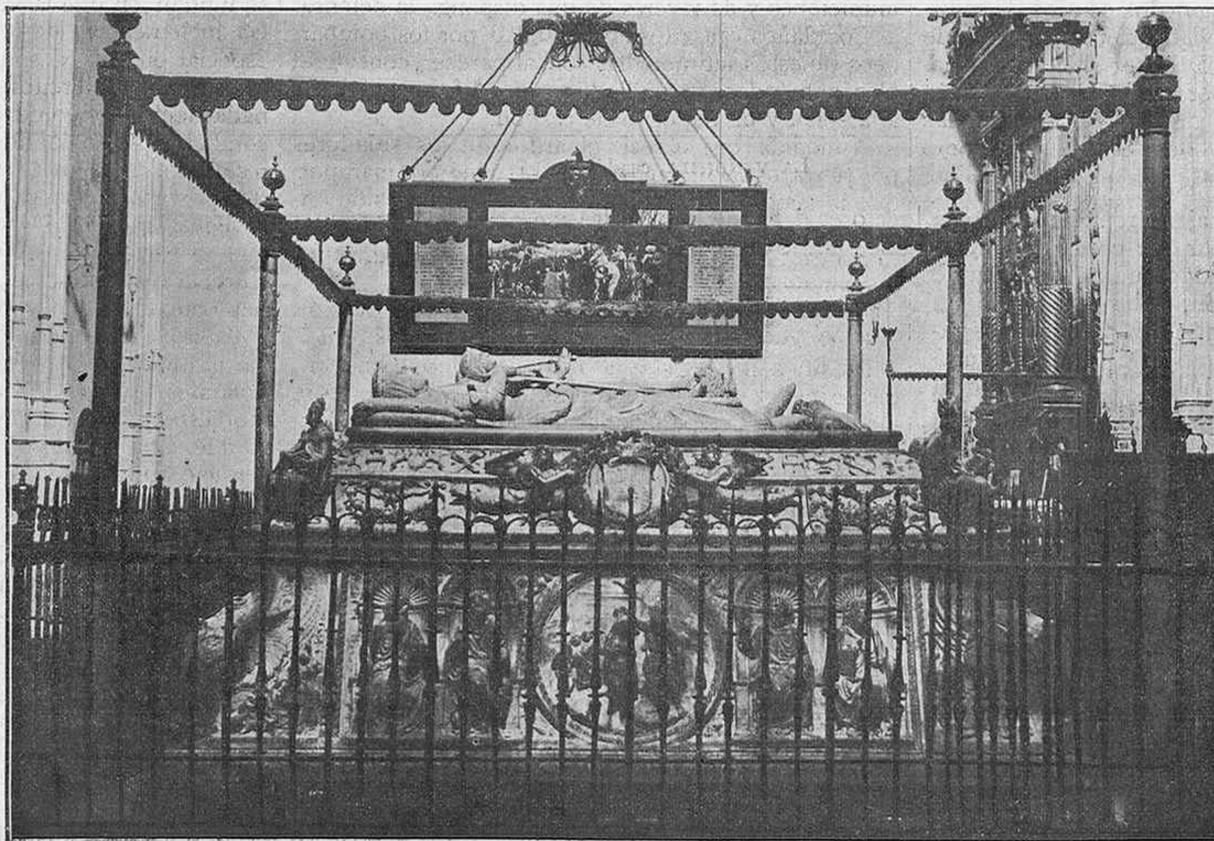
Al día siguiente celebróse en el paraninfo universitario la sesión del certamen convocado por la Asociación de los Amigos de la Universidad, en la que se leyeron una poesía premiada de doña Sofía Melero, viuda de Nestares, un elogio de la Reina Católica por el catedrático D. Eloy Seán y un discurso sobre la extensión universitaria por el presidente de la Asociación señor Torres Campos, terminando el acto con breves discursos pronunciados por el rector de la Universidad y por el ministro de la Guerra.

elocuentes brindis el presidente de la Diputación Sr. Díaz Reyes, el alcalde de Granada Sr. Amor y Rico, el diputado provincial Sr. Fernández Mir, el capellán mayor de los Reyes Católicos Sr. Carulla, el canónigo del Sacro Monte Sr. Espinosa, el gobernador civil D. Juan Tejón, el corresponsal del periódico madrileño *La Correspondencia de España* y el ministro de la Guerra general Linares.

En Medina del Campo celebráronse el día 26 suntuosos funerales por el alma de Isabel la Católica,



Espada que usó el rey Don Fernando en la conquista de Granada y corona y cetro que usaba D.<sup>a</sup> Isabel la Católica. Se conservan en la sacristía de la capilla de los Reyes Católicos, de Granada. (De fotografía de Rosales Villa Real.)



MAUSOLEO DE LOS REYES CATÓLICOS EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA (de fotografía de Rosales Villa Real)

En el hotel Washington Irving de la Alhambra tuvo lugar un suntuoso banquete, organizado por la Diputación y el Ayuntamiento de Granada en honor del ministro de la Guerra; asistieron al mismo 70 comensales, entre los que estaban representados el clero, la judicatura, la milicia, el magisterio, la política, las artes, las letras y la prensa, y en él pronunciaron

con asistencia de todas las autoridades, habiendo pronunciado la oración fúnebre el padre agustino Zacarías Martínez Núñez, director del Colegio de

Alfonso XII del Escorial. Por la tarde efectuóse la procesión cívica desde el Ayuntamiento al castillo de la Mota, en donde se descubrió la lápida conmemorativa que ha dedicado á la Reina Católica la Sociedad Castellana de Excursiones de Valladolid.

El 27 inauguróse el monumento que Medina del Campo ha erigido á la reina en el Paseo de Simancas y se celebraron unos Juegos Florales que constituyeron una brillante fiesta presidida por el ministro de Instrucción Pública y en la cual pronunciaron hermosos discursos éste, el padre Restituto y el senador Sr. Prida.

También se ha asociado á la conmemoración del centenario la Real Academia de la Historia, que celebró con este motivo una sesión solemne.

Los grabados que en esta página y en la 808 publicamos y que repre-

sentan la espada de Don Fernando y la corona y el cetro de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, el mausoleo de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada y la puerta de entrada de esta capilla, son reproducciones de fotografías que nos han sido remitidas por el señor Rosales Villa Real, á quien damos las gracias por la atención que ha tenido con esta revista.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - TROPAS JAPONESAS DESCANSANDO DURANTE LA PERSECUCIÓN DE LAS FUERZAS RUSAS DESPUÉS DE LA BATALLA DE LIAO-YANG

(De fotografía)

## CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El ejército sitiador de Puerto Arthur ha concentrado sus operaciones contra los fuertes Ehrlung y Songshu, que han sido objeto, en estos últimos días, de violentos ataques y en cuyas contraescarpas se han abierto varias brechas por medio de minas. El día 21 atacaron los japoneses aquellas posiciones, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, y lo propio sucedió el día 26 y en los siguientes: acerca de estos últimos ataques todavía no se tienen noticias concretas, pues ni siquiera los centros de información de Che-Fu han enviado detalles acerca de ellos. No debe, sin embargo, haber sido muy halagüeño para los japoneses, por cuanto el parte oficial de Tokio, después de decir que se han ocupado las crestas de los glacis y de las contraescarpas, así como las obras adyacentes del fuerte de Songshu y del Este de Songshu, añade: «Pero no ha llegado todavía el momento de dar el asalto definitivo.» Relacionando este parte con otro anterior, también oficial, en que se decía que en la tarde del 26 comenzó un ataque general, pero sin haber podido los japoneses lograr el objeto que se proponían a causa de la encarnizada resistencia del enemigo, adquiriremos el convencimiento de que las fuerzas del general Nogi han debido pagar muy cara la experiencia que les ha hecho confesar que no es llegado aún el momento oportuno para el asalto definitivo.

De ello resulta además que no estaban en lo cierto los corresponsales de algunos periódicos ingleses cuando hace bastantes días expresaban opiniones muy pesimistas acerca del estado moral y material de los sitiados; pues no se concibe que una guarnición diezmada, descorazonada y escasa de víveres y de municiones, todavía pueda resistirse como se resiste la de Puerto Arthur y mantener a raya a un enemigo que dispone de abundancia de recursos de todas clases y que está cada día más empeñado en apoderarse de la plaza.

Se van sabiendo detalles de las pérdidas sufridas por el ejército sitiador: al *Times*, de Londres, le han telegrafiado últimamente desde Tokio (lo cual da carácter semioficial a la noticia) que sólo en el asalto del 19 al 24 de agosto tuvo 14.550 bajas. Y cuenta que más sangriento que éste fué el intentado en los primeros días de noviembre para solemnizar con la toma de Puerto Arthur el cumpleaños del Mikado.

Hablando de este sitio, el barón Kodama, jefe de estado mayor del ejército japonés, parece que ha hecho las siguientes manifestaciones: el ejército del general Nogi encontrará todavía grandes dificultades

en las operaciones de sitio, porque el sistema defensivo de la plaza ha sido considerablemente reforzado y mejorado desde la guerra chino-japonesa, los fuertes permanentes han sido construídos por ingenieros muy hábiles y se han ejecutado detrás de ellos y en los intervalos entre unos y otros multitud de obras improvisadas; de lo cual resulta que la toma de uno de los grandes fuertes no traerá consigo la de toda la línea, sino que será preciso ir ocupando sucesivamente las distintas fortificaciones, dependiendo la fecha de la conquista de la plaza de la cantidad de municiones y de víveres de que disponga la defensa.

Los daños causados en la ciudad por los bombardeos de estos últimos días son, al parecer, considerables, habiéndose incendiado varios edificios próximos al arsenal y un depósito de carbón.

A medida que arrecia el ardor de los sitiadores por tierra, es menos efectivo el bloqueo por mar, porque la mayoría de los buques de Togo han sido enviados al Japón para ser reparados y ponerse en condiciones de hacer frente a la segunda escuadra rusa del Pacífico.

Un periódico francés ha recordado, con ocasión del sitio de Puerto Arthur, la duración de los principales sitios que registra la historia moderna, es decir, desde que la artillería representa un papel importante en esta clase de operaciones militares: el sitio de Pondichery (1778) duró 71 días; el de Valenciennes (1793), 42; el de Maguncia (1793), 105; el de Mantua (1796), 245; el de Génova (1800), 60; los de Zaragoza (1808), 74 el primero y 72 el segundo; el de Dantzic (1813), 334; el de Sebastopol (1854-55), 341; el de París (1870-71), 131; y el de Belfort (1871), 110. El de Puerto Arthur, que dura desde hace 205 días sin que se prevea todavía cuándo acabará, podrá ser considerado como uno de los más gloriosos por su duración y tal vez el más memorable, dadas las especiales condiciones en que se encuentran los sitiados y la trascendencia que la defensa de la plaza ha de tener sobre el curso ulterior de la guerra.

En el Cha-Ho continúa la misma inactividad, apenas interrumpida por dos ataques dirigidos por los japoneses, el 26 y el 28 de noviembre, contra la aldea de Tsin-Chen-Chen, situada a la extrema izquierda de la línea rusa, y a la que, según parece, atribuyen aquéllos gran importancia. El primero de estos combates fué insignificante; el segundo tuvo alguna más importancia, pues los japoneses abandonaron en su retirada 220 muertos y gran cantidad de fusiles, municiones y herramientas. En ninguno de ellos pudieron los agresores lograr el objeto que se proponían.

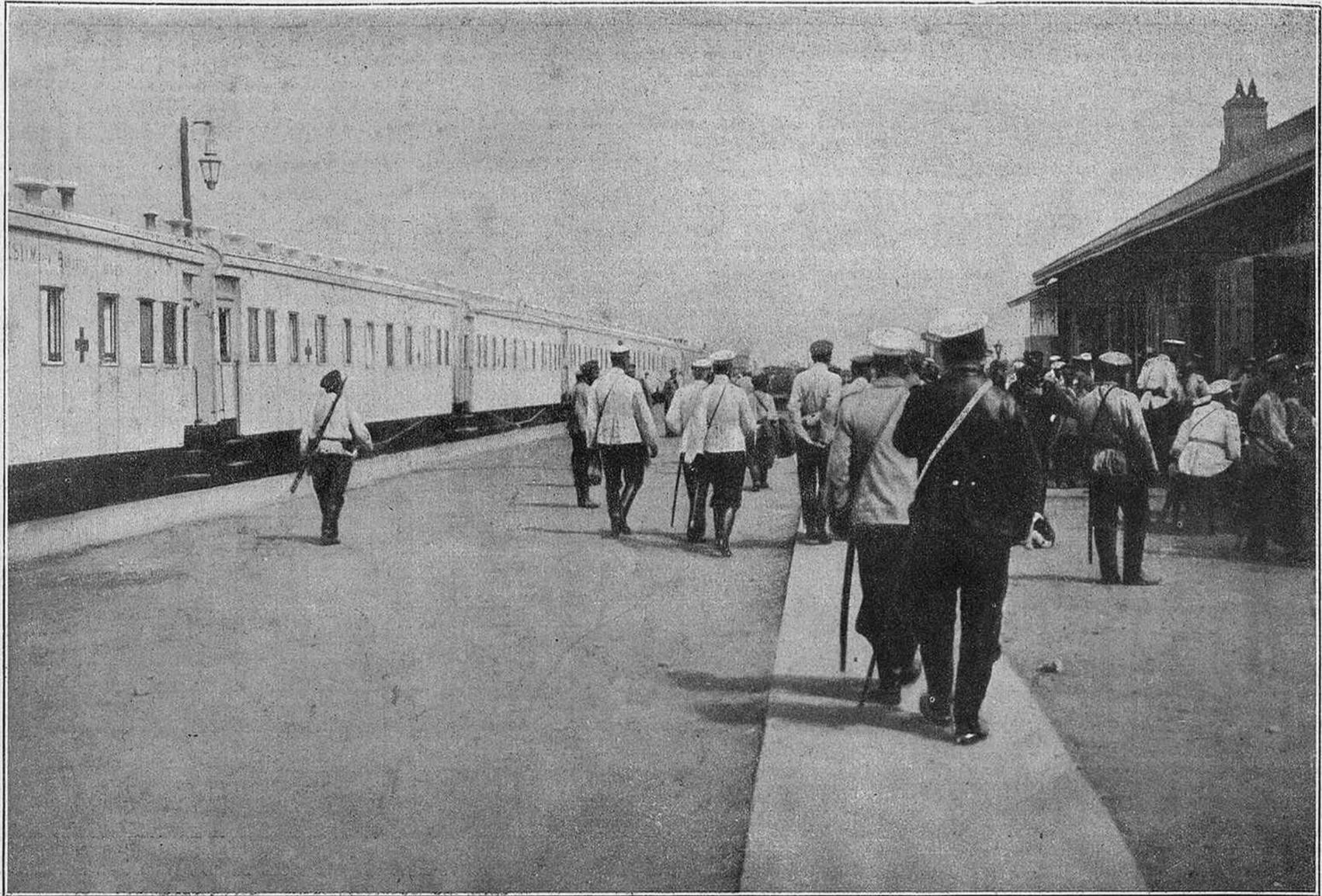
A Mukden llegan continuamente refuerzos para Kuropatkine, el cual dispone ya de todo el 8.º cuerpo de ejército recientemente desembarcado; además son en gran número los heridos curados que regresan de Kharbin para ocupar de nuevo sus puestos en las filas.

Suponen algunos corresponsales que las operaciones formales en aquella parte del teatro de la guerra quedarán en suspenso durante el invierno y no se reanudarán hasta la primavera próxima. Pero en concepto de muchos se equivocan los que tal opinan, y se fundan en que la calma presente obedece, no a las inclemencias de la estación, sino a la situación especial en que después de la batalla del Cha-Ho quedaron los ejércitos beligerantes. Aquella batalla nada decidió, y comenzar ahora la lucha en iguales condiciones sólo conduciría probablemente al mismo resultado, es decir, a una matanza inútil. Por esto los dos adversarios esperan, para emprender de nuevo la ofensiva, recibir mayores refuerzos: los rusos, los cuerpos de ejército que actualmente se movilizan en Europa; los japoneses, los 80.000 hombres que tienen ocupados en el sitio de Puerto Arthur.

Tiene verdadera importancia, como dato para juzgar el incidente de Hull, una carta de un ingeniero holandés, Arnoldo Kooy, que iba con la escuadra de Rodjestvensky como encargado de la «Sociedad de la telegrafía sin hilos» de Berlín, para instalar este servicio en los buques de aquella. Esta carta la dirigió M. Kooy desde Tánger a su padre, y tiene tanto más valor cuanto que el mismo que la escribe encarga que no se le dé publicidad. A pesar de esto, ha sido publicada en un diario francés, de donde tomamos algunos de sus más interesantes párrafos.

«Poco después de haber la escuadra cargado carbón en Skagen, recibimos un despacho diciendo que los cuatro torpederos comprados por el Japón habían abandonado los fiordos daneses para causar, de un modo u otro, daño a nuestra escuadra. En vista de esta noticia, recibí orden de dirigirme inmediatamente al *Kamtchatka*, y en su consecuencia dejé el *Svetlana*, en donde me encontraba, y partimos acompañados de dos cruceros encargados de protegernos...

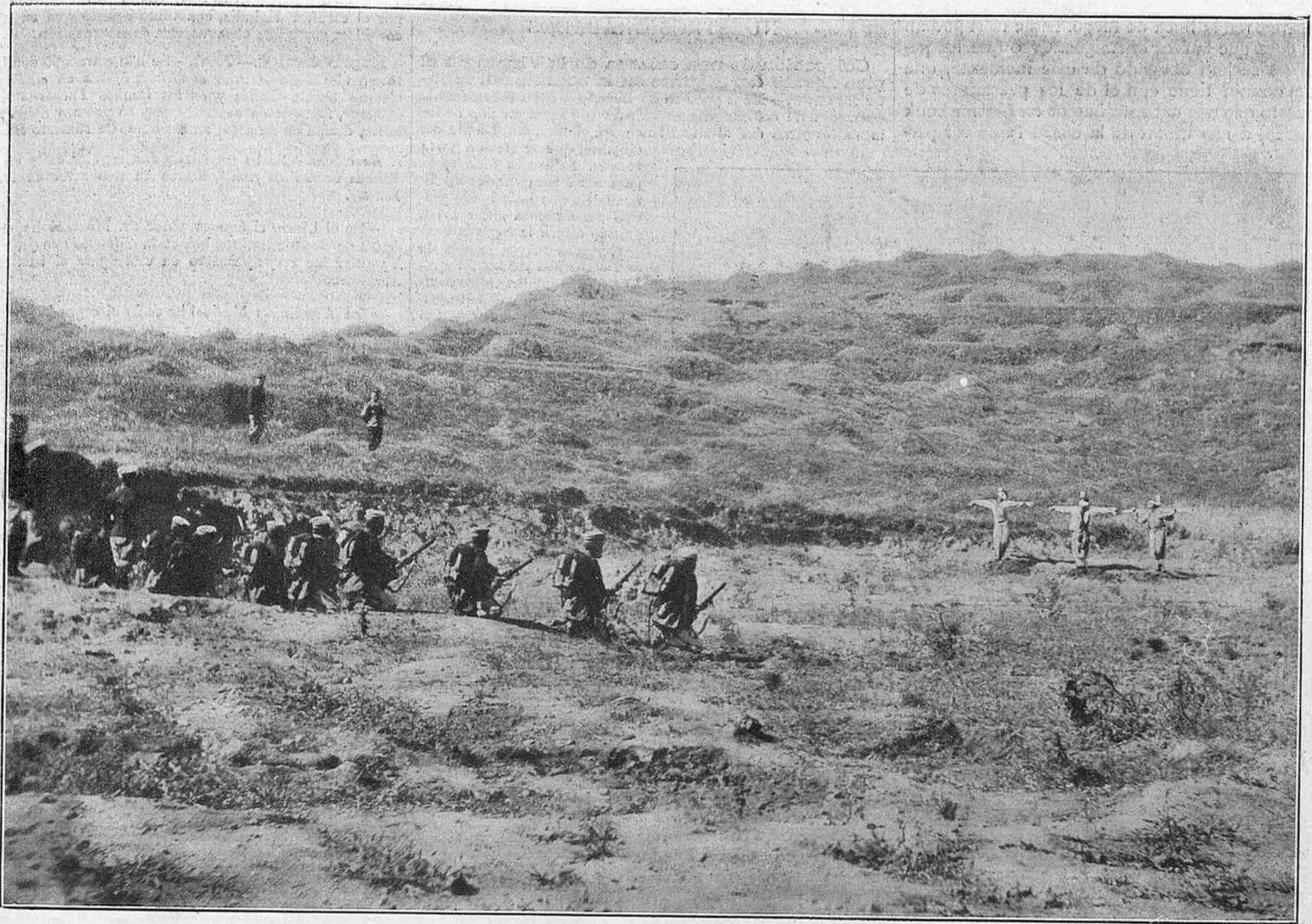
»La segunda noche fué más clara; poco después de las ocho mandóse preparar los cañones, porque se veían venir hacia nosotros cuatro pequeños buques. Hicimos algunos disparos con pólvora sola para indicarles que cambiaran de dirección; pero en vez de obedecer, avanzaron directamente, en vista de lo cual abrimos un fuego seguido a fin de formar una línea de proyectiles a nuestro alrededor. A pesar de esto, aquellos buques siguieron avanzando y dos de



GUERRA RUSO-JAPONESA. - LLEGADA Á MUKDEN, EN 12 DE SEPTIEMBRE, DEL TREN HOSPITAL ENVIADO POR LA EMPERATRIZ MADRE. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE KUROPATKINE. - LOS REFUGIADOS CHINOS EN LA CIUDAD DE MUKDEN. (De fotografía.)

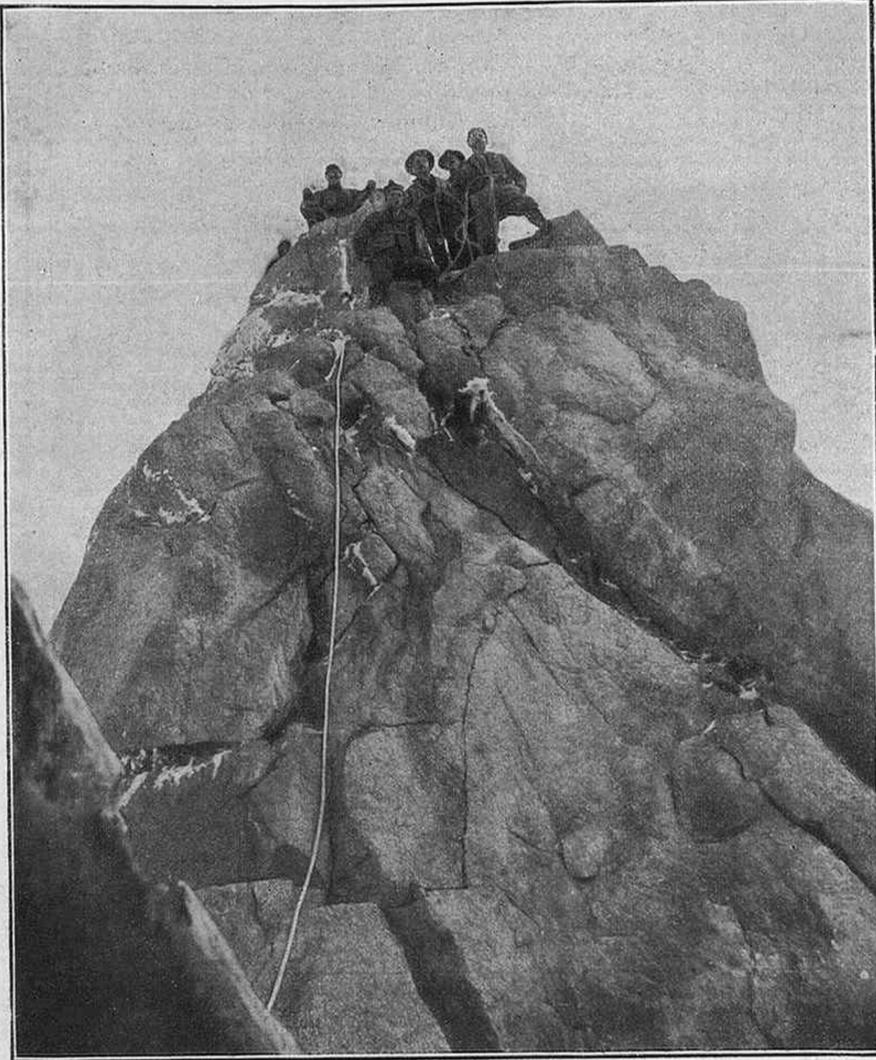


GUERRA RUSO-JAPONESA. - EJECUCIÓN DE TRES REBELDES COREANOS FUSILADOS POR LOS JAPONESES EN LAS INMEDIACIONES DE SEÚL.  
EL PIQUETE PREPARÁNDOSE Á HACER FUEGO. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - EJECUCIÓN DE TRES REBELDES COREANOS FUSILADOS POR LOS JAPONESES EN LAS INMEDIACIONES DE SEÚL.  
RECONOCIMIENTO DE LOS CADÁVERES DESPUÉS DE LA EJECUCIÓN. (De fotografía.)

ellos atravesaron la línea de fuego. Dime tú si podían ser otra cosa que barcos enemigos. Creo que los periódicos no se han ocupado de este incidente, que nada de común tiene con el de los pescadores de Hull, puesto que nos encontrábamos en Blavanskook (Dinamarca) á 120 millas de la costa. Pude ver per-



COLOCACIÓN DE LA ESTATUA DE LA VIRGEN EN EL PICO EL DIENTE DEL GIGANTE EN LA CUMBRE DEL MONTE BLANCO, á 3.014 metros sobre el nivel del mar

fectamente aquellas dos embarcaciones que habían atravesado nuestra línea de fuego y que estaban iluminadas por nuestros proyectores: eran torpederos, y no rusos ciertamente. Cuando una de ellas se hubo acercado á cierta distancia, *vi con mis propios ojos* cómo lanzaba un torpedo, que no nos alcanzó, gracias á una hábil maniobra del comandante. Entonces nos pareció que nuestros proyectiles le habían alcanzado porque disminuyó su marcha y hubo de quedarse atrás. Apenas pasado este peligro (todo esto lo presencié porque estaba enviando los despachos al almirante para enterarle de lo que ocurría y recibiendo sus contestaciones), el segundo torpedero se acercó por el otro lado y lanzó también su torpedo (éste no pude verlo), pero nuestro fuego le obligó á retirarse.

»En cuanto á los otros dos torpederos, no volvimos á verlos y supongo que serían los que atacaron la escuadra de Rodjestvenski.»

Resulta de esta carta que unos torpederos japoneses agredieron á un buque ruso en aguas de Dinamarca. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que sucediera lo propio cerca de las costas de Inglaterra? Cada día es más general el convencimiento de que el almirante ruso no hizo más que lo que debía repeliendo una agresión incalificable, y si de ello resultaron algunas víctimas, culpese, no á él, sino á los que por miedo ó por simpatía se hicieron cómplices de los agresores. Y mucho dice en favor de esta opinión el cambio que en la prensa y en el gobierno ingleses se ha verificado, sucediendo á la acometividad y á la violencia de lenguaje de los primeros días un comedimiento y una reserva prudentes.

Según noticias recibidas de Mukden, los japoneses siguen tratando con excesivo rigor á los chinos, castigándolos de una manera horrible por la más mínima sospecha de hostilidad. Parece que hace poco mataron á todos los habitantes de una aldea á pretexto de que estaban en relaciones con los rusos, no escapando á la muerte las mujeres ni los niños. Las tropas japonesas han recibido orden de fusilar á todo chino de quien se sospeche que facilita á los rusos datos sobre las operaciones militares, y castigan con las penas de cárcel y de trabajos forzados á los indígenas que se niegan á recibir el papel moneda puesto actualmente en circulación por el gobierno del Mikado.—R.

## NUESTROS GRABADOS

**Colocación de una estatua de la Virgen en el pico Diente del Gigante en la cumbre del Monte Blanco.**—Hace poco se ha llevado á cabo felizmente la operación de colocar una estatua de la Virgen en uno de los más altos picos del Monte Blanco, en el llamado Diente del Gigante, que se eleva á 3.014 metros. Este solo dato basta para dar á comprender las dificultades que habrá sido preciso vencer para subir á tan grande altura la sagrada imagen, y para mayor prueba de ello véase una de las fotografías que adjuntas reproducimos. Pero la fe y el entusiasmo de los iniciadores de tan hermoso pensamiento han sabido allanar todos los obstáculos, y hoy, después de no pocos esfuerzos, álzase en aquella cumbre la imagen de la Madre

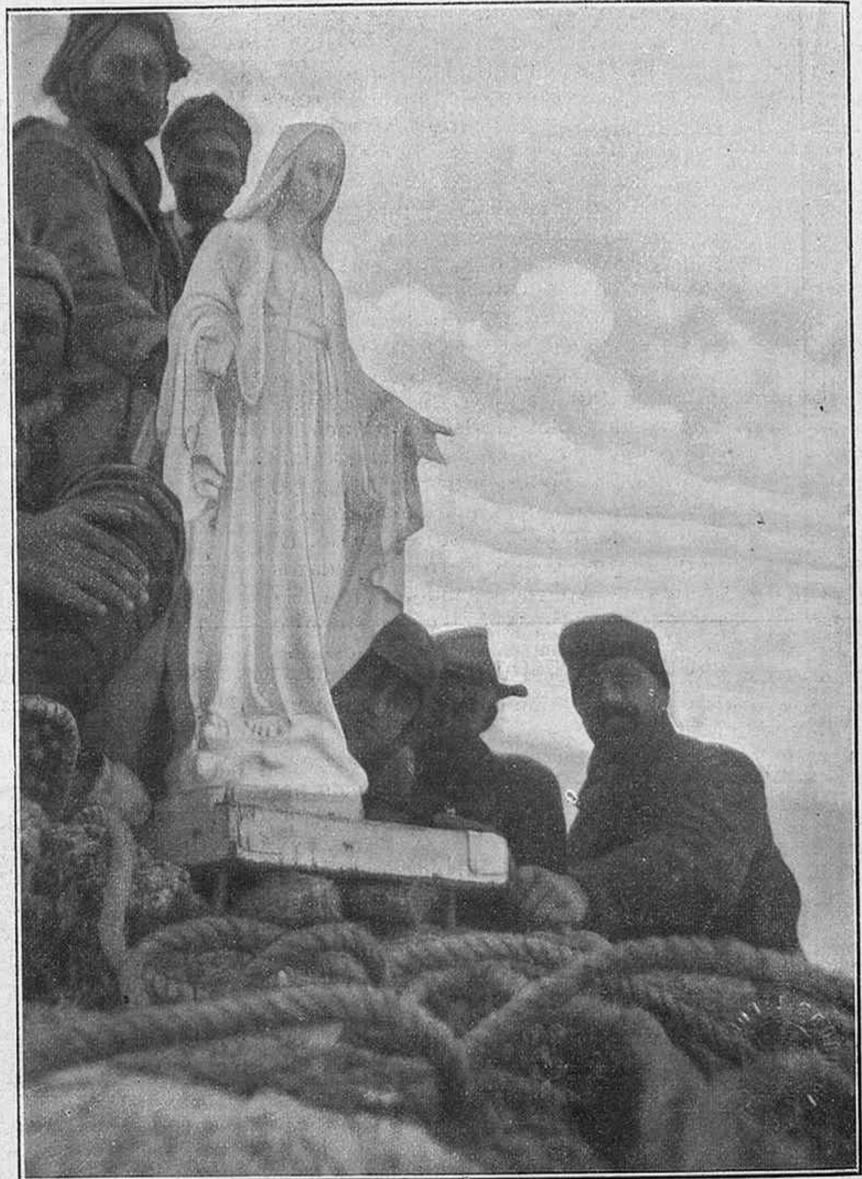
por el escultor Kaludis, con tanto acierto que su trabajo se considera como una obra maestra de restauración.

**Espectáculos.**—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Armide et Gildis*, drama en cinco actos de Camilo Sainte-Croix; y en los Bouffes Parisiens *Le fin de l'amour*, fantasía en cuatro actos y en prosa, y *Don Pietro Ca russo*, drama en un acto, ambas obras de Roberto Bracco.

*Barcelona.*—Se ha estrenado con regular éxito en el teatro *Romea Castell de fanch*, drama en tres actos de D. Ramón Borda.

—En el Liceo, el famoso tenor Sr. Marconi ha cantado la ópera de Verdi *Rigoletto*, habiendo obtenido una gran ovación. También fué muy aplaudido en esta ópera el barítono señor Sammarco.

—La Asociación Musical ha dado el segundo concierto del ciclo Schumann, en el que se ejecutaron varias de las más notables canciones del gran compositor, que fueron muy bien cantadas por la Srta. Angeles Ll. Soler, y varios dúos que cantó con mucho acierto un coro de señoritas dirigido por el maestro Sr. Codol.



LOS GUÍAS COLOCANDO EN EL DIENTE DEL GIGANTE LA ESTATUA DE LA VIRGEN (De fotografías remitidas por Carlos Abeniakar, de Nápoles.)

del Redentor, representada por una bellísima escultura de mármol blanco, habiéndose celebrado al pie de la misma el santo sacrificio de la misa, que resultó un espectáculo en extremo solemne é imponente.

**Un bienaventurado, cuadro de + José Jiménez Aranda.**—Figuró el lienzo que reproducimos en la exposición organizada en el Salón Parés para honrar la memoria del insigne pintor, una de las más justificadas reputaciones artísticas contemporáneas. Los méritos y la provechosa é importante labor realizada por José Jiménez Aranda, son universalmente reconocidos y apreciados. Su personalidad tiene tal relieve que no puede ser discutida, y en todos tiempos y circunstancias se reconocerá la maestría del pintor, su genialidad y su portentosa labor. El cuadro que reproducimos forma parte de aquella notabilísima serie de producciones que tuvieron por objeto dar á conocer la época en que vivieron nuestros abuelos, que con tanto acierto había estudiado el que fué amigo queridísimo. En esta producción, como en sus compañeras, puede apreciarse la valía del artista, que aparece siempre sincero, correcto en los trazos y dueño de la paleta. Sirvan estos renglones de honroso testimonio del buen recuerdo que de él conservamos y de la respetuosa consideración que su memoria nos merece.

## MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—*BARCELONA.*—*Salón Parés.*—El joven artista D. Joaquín Renart ha expuesto una colección de ex-libris, notables no sólo por la firmeza de la línea y por el gusto decorativo de la composición, sino también por el sentido alegórico que encierran y que se ajusta perfectamente á la personalidad artística, literaria ó profesional de las personas á quienes están destinados. El Sr. Renart, con esta exhibición, demuestra ser un artista dotado de talento y fantasía no comunes y un excelente dibujante.

En el propio Salón se han expuesto varios interesantes estudios de paisaje de D. Antonio Badrina, impregnados de sentimiento y ejecutados por un procedimiento de puntillado con ceras de colores que les prestan gran vigor y brillantez.

**CAPRANO** (Grecia).—El célebre león de Queronea, monumento erigido en conmemoración de la batalla de este nombre librada por los atenienses contra Filipo de Macedonia, que hacía siglos yacía en ruinas, ha sido recientemente restaurado, gracias á las iniciativas de la Sociedad Arqueológica griega,

**Necrología.**—Han fallecido:

Mahometo Murad V, sultán que fué de Turquía desde 30 de mayo hasta 31 de agosto de 1876, fecha en que fué declarado incapacitado para gobernar, á consecuencia, según se dijo, de una enfermedad mental, sucediéndole su hermano menor, el actual sultán Abd-ul-Hamid.

Enrique Lewis, paisista inglés.

Dr. Max Bartels, célebre médico, antropólogo y etnólogo alemán, autor de la interesante obra «La medicina en los pueblos naturales.»

Lady Dilke, notable escritora inglesa, crítica artística, autora de una importante obra sobre el arte francés del siglo XVIII.

Pablo Grausier de Cassagnac, renombrado publicista y periodista francés.

Clotilde Gerard Juillerat, notable pintora francesa. Hermán La Roche, crítico musical y compositor ruso, ex profesor de los conservatorios de Moscú y San Petersburgo.

Isabel Bishop, viajera y escritora inglesa, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, primera mujer á quien se ha concedido tal distinción, muy conocida por sus obras de viajes al Asia Oriental, Central y Anterior.

Dr. Adalberto Hanstein, literato y botánico alemán, profesor de la Academia Humboldt, de Berlín, y luego de la Escuela Superior técnica de Hannover, autor de dramas, narraciones, novelas y de una obra histórico-literaria.

B. S. Lemstrom, físico finlandés, que estudió especialmente el magnetismo terrestre y la electricidad del aire, catedrático de la universidad de Helsingfors; tomó parte en la primera expedición polar de Nordenskjöld y dirigió la que en 1882 organizó la Sociedad de Ciencias Finlandesa.

**BOUQUET FARNESE** VIOLET 29. 54 des Italiens.

# HILDA

NOVELA CORTA POR V. GAUDARD DE VINCI.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Hizo una pequeña pausa el pescador, y después continuó:

—Lo que había tomado por estopa era su larga cabellera, que flotaba en desorden en la superficie del agua. Los pies y las piernas estaban hundidos en el fondo. La cara, ó lo que de ella restaba, parecía mirar al cielo. Aunque blanqueadas por el tiempo y por su larga permanencia en el agua, las carnes cubrían aún aquella calavera, cuyas órbitas, dos agujeros negros, parecía que imploraban compasión, mientras una horrible mueca descubría los dientes blancos y daba á la cara un gesto de risa de que me acordaré toda mi vida.

¡Y era á una vecindad semejante, á un espectáculo tan repulsivo y casi tan horroroso como el mismo rugiente abismo, á lo que aquella joven extraordinaria se había expuesto para servirme de modelo!..

—Es, evidentemente, el cadáver de la víctima del barón, dije. Pero ¿cómo explica usted que permanezca así?

—Se explica muy bien, caballero. Sabe usted que el barón, cuando supo que la justicia hacía averiguaciones para saber si había un subterráneo entre el arrecife y el castillo, hizo saltar con pólvora ese túnel, en el que ocultaba, sin duda, el cadáver de la desgraciada á la que había degollado en un momento de locura furiosa. La explosión debió producir algún cambio en la conformación de las rocas que forman la base de la Caldera, pues nunca se había hablado de cadáver en ese remanso, y además era éste tan profundo que nadie le había visto el fondo. El cadáver debió encontrarse cogido entre los pedazos de peña que produjo la explosión y mantenido en la forma que acabo de decir. Su conservación durante tantos años no es extraordinaria, considerando que esas rocas son de composición calcárea y que el agua, constantemente renovada por las filtraciones, es siempre de una gran frescura.

Dí las gracias al pescador por su interesante relato, y después de despedirme de él, continué mi paseo hasta el sitio en que el río se junta con el lago Boren.

Me parecía ya imposible que Hilda ignorase el terrible episodio que figuraba con caracteres sangrientos en la historia de su padre. La joven había visto aquel cadáver y no le causaba asombro. ¿Era sequedad de corazón ó fuerza de carácter?

No volví al hotel hasta por la tarde y encontré á Raúl solo en nuestro cuarto. El pobre muchacho empezaba á mostrar las señales exteriores de la pasión que le roía. Había adelgazado y perdido el gusto del trabajo y la alegría y la animación que hacían antes de él un encantador compañero.

Al verle sentado en un sillón, pálido, abatido y pensativo, con la cabeza apoyada en la mano y los ojos febriles y ojerosos fijos en el vacío, mi corazón se oprimió dolorosamente.

—Querido hijo mío, le dije cogiéndole la mano, creo que debemos pensar en marcharnos. Hemos tomado bastantes croquis y bocetos para trabajar en nuestro estudio, y podríamos volvernos á Estocolmo dentro de dos ó tres días. ¿Para qué estarnos aquí más tiempo? Veo que Hilda no te ha dado aliento alguno que te permita conservar la menor esperanza. El estar aquí no puede hacerte más que daño, mientras que en la capital tendrás sociedad, y esto, con tus ocupaciones habituales, te distraerá pronto de tu pena.

—Como quieras, papá, me respondió. Concédeme, sin embargo, tres días. Como tú mismo has visto, es evidente que los sentimientos de Hilda para conmigo no son más que los de la amistad, y pierdo más y más la esperanza de verlos cambiar... Algunas veces, con todo, creo que si supiera cuánto la amo, esto pudiera ocasionar una reacción en mi favor... Aparenta de tal modo ignorarlo, que algunas veces creo... En fin, no quiero marcharme sin haberlo intentado..., sin haber hablado con ella. Cueste lo que cueste, quiero hacerla salir de esa amabilidad fría y altanera, siempre la misma, que parece ser su regla de conducta para conmigo. Quiero que lo sepa todo y saber yo si conoce mi amor y finge ignorarlo.

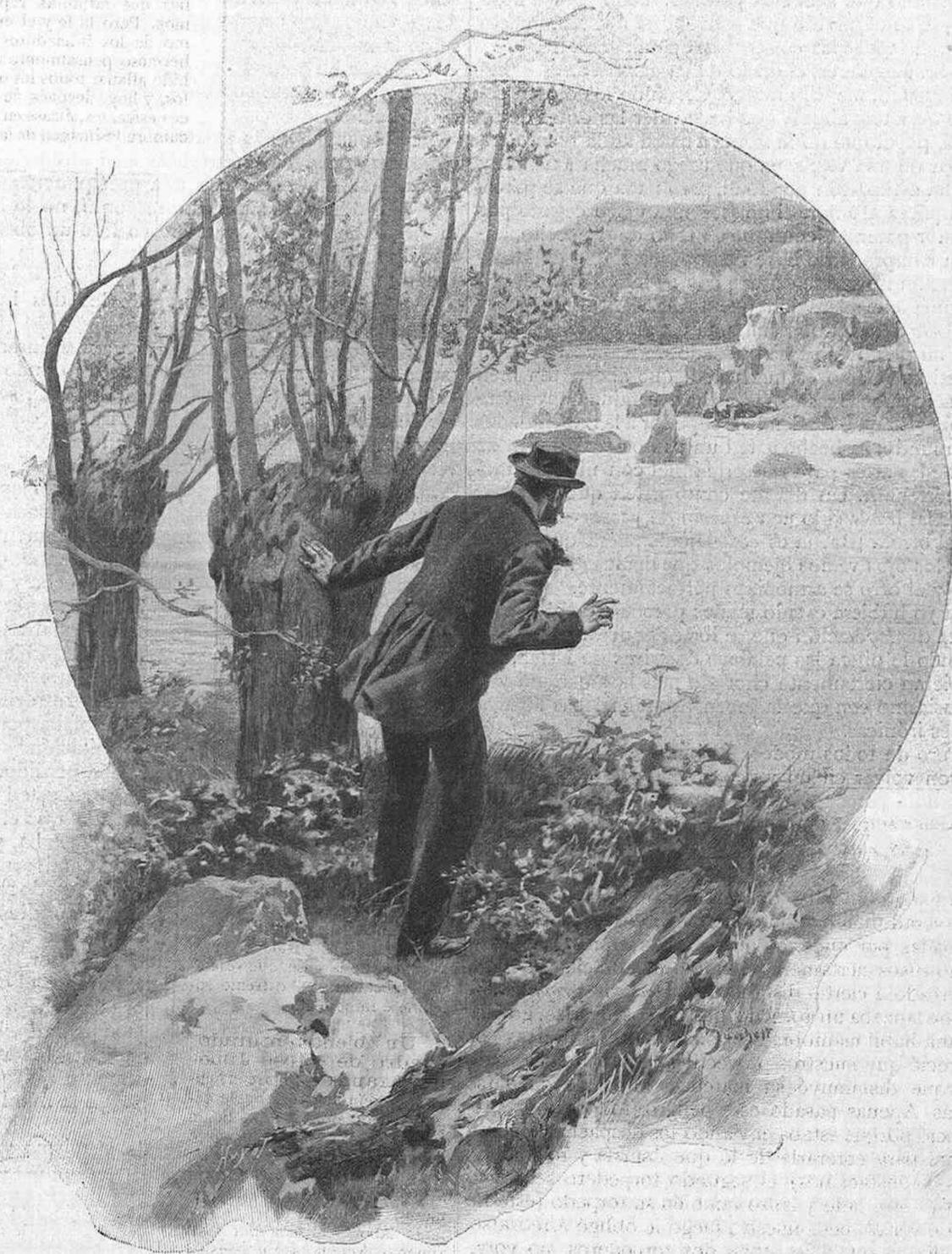
V

Necesitaba todavía una sesión para terminar el estudio de la Caldera, y Raúl y yo decidimos dedicar á eso el día siguiente.

Por la mañana, pues, á la hora de costumbre, estábamos sentados en el mismo sitio desde el cual habíamos asistido á la hazaña de Hilda.

—Con muchísimo gusto, Hilda, respondió mi hijo, encantado.

Raúl reunió en seguida sus efectos, y los dos se



Yo estaba en la orilla, á pocos pasos de él, medio oculto por los sauces

Esta no tardó en presentarse. Así como Raúl había decidido violentar los acontecimientos y hablar de su amor á la joven, también había algo en Hilda que parecía indicar que había tomado una resolución y formado un proyecto, cuya naturaleza era difícil de adivinar.

La joven tenía un aspecto agitado y nervioso, poco habitual en ella. Su vista presentaba algo más profundo y hasta más grave, que su graciosa sonrisa no lograba disimular.

Estaba, sin embargo, amable como siempre y aun se manifestaba aquel día más amistosa y más afable que nunca con Raúl.

Cuando le dije que empezábamos á pensar en marcharnos, me pidió como un gran favor que le hiciese un pequeño estudio en tinta china del pórtico Norte del castillo, es decir, de la fachada opuesta al lado en que estábamos.

—Será un recuerdo de usted, dije, que representará las agradables horas de trabajo que hemos pasado juntos.

Como el adorno y el dibujo de arquitectura eran justamente lo que Raúl había estudiado á fondo durante el invierno, le designé como más á propósito que yo para ese trabajo, y la joven, volviéndose á él, le preguntó si quería hacerle ese cuadrado.

fueron juntos hacia el sitio en que Hilda quería que se hiciese el estudio. Pero, un momento después, la joven volvió sola y se sentó á mi lado.

—¿Y Raúl?, pregunté; ¿ha empezado ya el boceto?

—Está en pleno trabajo, me respondió, y más embobado que nunca en su asunto.

—Es que está contento con el encargo, dije.

—¿Es por cariño á su hijo por lo que usted, señor Lagnieres, viudo á los veintitrés años, no se ha vuelto á casar?, me preguntó de repente. ¿Es posible que el amor paternal realice esos sacrificios?

—No sé lo que tal sacrificio puede tener de extraordinario para usted, respondí casi ofendido por el tono de su pregunta, pero no lo extrañaría si conociese su hermoso corazón, su...

—No dudo que tendrá todas las cualidades posibles, me dijo interrumpiéndome secamente. Sé que es un joven encantador en todos conceptos. He tenido tiempo de observarlo y creo conocer á Raúl mejor que usted mismo.

—Y bien, Hilda, en ese caso debe usted saber que la quiere vivamente, respondí para aprovechar la ocasión y saber si Raúl podía tener alguna probabilidad de ser admitido por la joven.

—Sé que me ama, respondió Hilda sencillamente; pero si tiene intención de pedir mi mano, podría us-

ted hacerle un servicio dándole á entender que mis sentimientos hacia él no son en modo alguno como él los querría y que no puede esperar nada de mí, añadió en tono duro y recalando la última frase.

Me había impresionado tanto el día antes el estado de sombría desesperación de Raúl y el cambio físico que su fatal amor le había producido, que aquellas palabras me causaron un vivo dolor, pues eran el toque fúnebre de nuestras esperanzas.

—¿Y por qué no podría usted amarle, querida niña?, dije un poco aturrido acaso y movido por el sentimiento que nos hace defender palmo á palmo un terreno que sabemos perdido. Todo parece indicar que es el marido que convendría á usted, puesto que tiene todas las condiciones para agradaarla.

—Sr. Lagnieres, el oficio de casamentero es indigno de usted, me dijo riendo. Cerrando los ojos, creíase oír á una abuela que hace valer las dotes de su nieto, papel que no le sienta á usted nada bien. Para acabar de una vez, sepa que tengo mucha amistad y mucha estimación por Raúl, pero nada que se parezca siquiera al amor. Si no estuviera usted cegado por el amor paternal, continuó en tono de despecho, hubiera comprendido hace tiempo que Hilda de Hammartheim no puede casarse con su hijo de usted, por ninguna consideración que fuese... Y ahora, para cambiar de asunto, permítame usted que le recuerde que mi pregunta se ha quedado sin respuesta. Voy á repetirla. ¿Cómo es que usted, que aboga tan bien por las personas casaderas, no ha contraído nuevos vínculos? ¿Es que, sintiéndose superior á las debilidades del mundo, ha hecho usted un pacto con la musa de las bellas artes para no serle infiel con ninguna mujer terrenal?.. Un día me contó usted que su amor paternal había sido una especie de preservativo contra el otro... ¡Buena es esa! Dondequiera que volvamos los ojos vemos ejemplos que demuestran que el uno y el otro se armonizan perfectamente.

Si yo hubiera estado menos preocupado al pensar en la desesperación que se iba á apoderar de mi hijo cuando le dijera las palabras decisivas de Hilda, me hubieran ciertamente chocado más la amargura y el entusiasmo con que la joven pronunció sus últimas frases irónicas.

Pero de todos modos, las burlas de Hilda me hicieron volver en mí y pensar que me encontraba á punto de parecer ridículo sin que la causa de Raúl ganase nada en ello.

—Tiene usted razón, Hilda, respondí. Hubiera debido conocer á usted bastante para saber que la ninfa de este río pérfido y de esas rocas insensibles y crueles, debía poseer en buena proporción los elementos de los objetos con quienes se identifica. ¡Tratar de evocar en usted ciertos sentimientos de los que no es capaz!.. Tanto valdría pedir á este río que cesase de correr ó á estas rocas que vertiesen lágrimas por las víctimas que han hecho. Con el permiso de usted, pues, y para no perder más tiempo, vuelvo á mi trabajo sin responder á unas preguntas que considero sencillamente como sarcasmos merecidos, que no exigen respuesta.

—¡Así me gusta, Sr. Lagnieres!, exclamó. Le vuelvo á encontrar á usted tal como es... ¡Cuánto prefiero esas respuestas como botes de lanza, á las futilidades sentimentales de los jóvenes á la moda! ¿Quiere usted que le cuente lo que la ninfa de este río, puesto que es así como usted me llama, soñó la noche última? Pues he soñado, continuó sin esperar respuesta, que amaba á un oso, á un gran oso, que no quería comprenderlo y que no respondía más que con arañazos y gruñidos á todas mis insinuaciones. Estaba mi oso extremadamente distraído, pero yo comprendía que si lograba separarle del objeto de su distracción, no permanecería mucho tiempo insensible á mis encantos y haría de él lo que quisiese. Resolví, pues, hacerle sufrir una operación dolorosa que me lo entregaría adicto y sumiso. Me lo llevé un día al escollo de la ninfa, en el cual, siendo yo el hada del río, estoy dotada de una fuerza extraordinaria, y cuando le tuve allí, luché con él, le vencí y le agujereé la nariz para ponerle en ella un anillo. El oso expresó su dolor con gritos y lamentos, pero su herida se cicatrizó poco á poco y dejó de dolerle. Entonces le pasé una cinta de color de rosa por el anillo y en adelante se mostró el más tierno, el más amante y el más sumiso de los osos.

Conmovido por el tono profético de aquellas palabras, que me produjeron, sin saber por qué, una impresión desagradable, me volví involuntariamente hacia la que hablaba. Hilda levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. El color habitual de sus ojos se había trocado en un matiz grisáceo como ciertos reflejos del río, y parecían brillar con una llama extraña que podía indicar la pasión, pero también la locura.

Aquella expresión, sin embargo, no duró más que

un instante y la joven volvió á tomar su fisonomía normal.

—¿Qué piensa usted de mi sueño?, me preguntó. Preocupado por entero por lo que acababa de oír y por la pena que me producía, había escuchado distraídamente las últimas palabras de Hilda, con la idea vaga y confusa de que se trataba sólo de una coquetería.

—Nunca he dado la menor importancia á los sueños, respondí empaquetando mis bártulos, pues estaba muy agitado para pintar.

—Sr. Lagnieres, dijo la joven al cabo de un instante, ¿no le ha ocurrido á usted nunca en el curso de su viudez que usted y su hijo pudieran enamorarse de la misma mujer?

—Nunca he pensado en eso, respondí secamente.

—Pero si hubiese sucedido, insistió, ¿qué hubiera usted hecho?

Al pronunciar estas palabras bajó la cabeza y pareció muy ocupada en arrancar á su alrededor, una á una, las hierbecillas, con una precipitación febril.

—Si eso hubiera sucedido, respondí, no lo hubiera sabido nadie. Jamás hubiera yo sido un obstáculo para la dicha de mi hijo.

Hilda levantó la cabeza.

—¿Y si el objeto del amor de los dos hubiera amado al padre y no al hijo?

La voz que había yo oído el día antes durante mi paseo solitario; aquella voz á la que sólo pudo hacer callar el aspecto triste y sombrío de Raúl, se dejó oír de nuevo. Sentí que me ruborizaba y dirigí una mirada á Hilda. Sus mejillas habían palidecido y su respiración anhelosa me hubiera por sí sola dado á entender la importancia que atribuía á mi respuesta, si su mirada intensa y la expresión de su boca entreabierta no me lo hubiesen mostrado claramente.

La joven estaba apoyada en una mano, con la trenza de su cabello negro medio deshecha y cayéndole como una cascada por los hombros y por el pecho. En aquel cálido día de verano, estaba vestida con una bata blanca que dejaba al descubierto los brazos y el cuello, invadido por un intenso rubor, como si todo su ser protestase contra el atrevimiento de sus palabras. Todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo que hacía para contener la agitación.

Un segundo de vacilación y estaba perdido.

Diciendo: «Hilda, amo á usted; sea usted mía,» la hacía feliz... ¿Y yo? ¡Oh! Yo sentía que el amor sería para mí muy dulce todavía. Allí estaba, pronto á penetrar, y no hubiera tardado en dominarme.

La sangre, que parecía haber abandonado mi cara, volvió á ella con fuerza. Me volví y respondí en tono tranquilo y resuelto á la última pregunta de Hilda:

—No hubiese correspondido á ese amor.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no me atreví á mirarla. Sufría yo por ella pensando que debía sentir, aunque acaso en menor grado, lo mismo que pronto sentiría Raúl, y además los tormentos que su orgullo y su temperamento altivo y nervioso debían producirle al latigazo de la humillación y de la herida de amor propio.

Pero era demasiado dueña de sí misma y demasiado mujer de mundo para dejarse dominar en apariencia por la confusión. El penoso silencio que siguió á mis palabras no duró más que unos segundos, pero fué lo bastante para permitir que se repusiera; y con su expresión de alegría habitual y la sonrisa en los labios, me dijo irónicamente:

—¡Es usted verdaderamente sublime, Sr. Lagnieres!

—Puede usted decir que he dado ya el paso que separa á lo sublime de lo ridículo, pensé; pues á pesar de todo y aunque no hubiese permitido siquiera al amor paternal entrar en lucha con el otro, experimentaba en mí algo de ese sentimiento doloroso y desgarrador que produce el sacrificio.

Estaba decidido á llevarme á Raúl el día siguiente mismo. En aquellos sitios no le esperaba nada más que nuevos sufrimientos y había peligro para mí.

Sin embargo, por mucho que hice para dar á mis facciones su expresión habitual, sentí que mi vista se velaba y vi una lágrima que brillaba en sus ojos, pero una lágrima que permanecía en el fondo y á la que Hilda no permitió salir á las pupilas. Debí de adivinar mi pensamiento, porque me dijo:

—Adiós, Sr. Lagnieres, ó mejor dicho, hasta más ver, porque usted volverá.

## VI

Me volví directamente al hotel y esperé con impaciencia á Raúl. Tenía yo el presentimiento de que hablaría con Hilda en aquella misma mañana, y pensaba que, después de todo, valía más que así fuese.

Mientras le esperaba me ocupé en arreglar nuestros efectos y hasta empecé á hacer los baúles.

Raúl llegó de repente á media tarde y entró en el cuarto con el paso precipitado de un hombre que vuelve á buscar un objeto olvidado. Al verme allí, pareció muy sorprendido; pues, en efecto, no era hora de que estuviésemos en casa ninguno de los dos.

—¡Tú aquí, papá!, dijo turbándose. Te creía en el Boren, acabando tu estudio de los cañaverales.

Le miré ávidamente. No tenía en modo alguno la expresión de un hombre que acaba de ser desahuciado por la mujer amada. Tampoco le encontraba aquel aire sombrío y desesperado con que volvía casi siempre del castillo. Parecía contento, por el contrario, aunque su agitación y su aspecto febril indicasen que había habido entre ellos alguna explicación.

—Y bien, Raúl, le dije redondamente, ¿has hablado á Hilda?

—La he hablado, me respondió, y lejos de desahuciarme definitivamente, como esperábamos, me ha pedido unos días de reflexión.

Era aquello tan distinto de lo que yo esperaba, que la sorpresa me dejó mudo por un momento.

Sin embargo, mirándole con más atención, vi en seguida que trataba de ocultarme algo. No podía hacerme ilusiones respecto de lo que podían ser los sentimientos de Hilda hacia él, y vi inmediatamente que había algo equívoco en aquella esperanza que le había dejado y que acaso este hecho tuviese alguna relación con la conversación tenida conmigo.

Cogí entonces á Raúl de una mano, le hice sentarse á mi lado y le conté todo lo que Hilda me había dicho. Se lo dije todo... menos que la joven amaba á otro y que este otro era yo.

Temía despertar sus celos y perder el cariño del hijo único por quien yo vivía y por el cual acababa de renunciar á todos los goces del amor.

¡Ay! ¡Cuánto me he arrepentido de tales temores! No ocultándole nada, revelándole toda la verdad, me hubiera, acaso, querido menos, pero se hubiera convencido de que aquella pérfida mujer no quería más que su perdición. Habría comprendido que no le consideraba más que como un obstáculo que había que suprimir ó como un instrumento de venganza.

Raúl me respondió que como su conversación había tenido lugar después que la mía, era posible que Hilda hubiese reflexionado en el intervalo y que el resultado de sus reflexiones le hubiera sido más favorable, por lo que no quería abandonar aún toda esperanza. Se daba cuenta perfectamente de que Hilda no le amaba y de que si al fin consentía en casarse con él sería por otro móvil que el del amor. Pero tenía tal seguridad de hacerse amar después, que estaba pronto á aceptar sus condiciones y á pasar por todo con tal de obtener su mano.

El pobre muchacho tenía tan poca costumbre de ocultarme nada, que le arranqué la verdad á pedazos. Me hizo, sin embargo, prometerle que no me opondría á su proyecto si me hacía saber la condición que la joven le había impuesto para concederle su mano, y yo se lo prometí, siempre que no se tratase de hacer nada reprehensible ó que pusiese sus días en peligro.

Á esto me respondió que amaba tanto á Hilda, que el mayor peligro que pudiera amenazar sus días era el de renunciar á ella; y los signos exteriores del mal que le devoraba venían en apoyo de sus palabras.

He aquí, pues, lo que le fuí sacando poco á poco.

Después de separarse de mí, Hilda fué á reunirse con él y se mostró tan afectuosa y tan amable, que Raúl se atrevió por fin á declararle su amor y á pedirle su mano.

Ella le respondió inmediatamente lo que ya me había dicho, es decir, que sentía por él mucha amistad y mucha estima, pero no amor. Sin embargo, como la joven no parecía considerar esa objeción como un obstáculo insuperable, Raúl estuvo más y más elocuente y persuasivo, mientras ella fingía dejarse conmovir poco á poco. Hilda le habló en seguida de su madre y le contó lo que ya sabíamos, esto es, que la baronesa se había precipitado en el escollo fatal, probablemente para acabar con una existencia intolerable.

Añadió después, en forma de confidencia, que el aya inglesa había declarado al morir que una doncella de la baronesa había visto á ésta en la roca fatal unos momentos antes de su desaparición en el remolino, y le había visto distintamente hacer el ademán de una persona que arroja un objeto al estanque conocido con el nombre de Espejo de la ninfa. Aquel objeto, según dijo el aya, debía de ser una cajita sellada ó un frasco dentro del cual hubiese un papel en el que la pobre mujer habría escrito sus últimas instrucciones á su hija y algunas revelaciones acerca de su marido, que en el último momento, por no se sabe qué escrúpulos, no quiso hacer públicas, razón por la cual se decidió á ocultar aquel documento en un sitio al que fuese difícil llegar.

—Para encontrar y retirar ese objeto, dijo Hilda al terminar, he afrontado dos veces los peligros de la Caldera, pero inútilmente. La cajita está, sin embargo, allí, muy visible, pero hay que tocar para llegar a ella un objeto tan repugnante, que nunca he tenido valor para meter el brazo en el agua. Ya conoce usted, Raúl, mi carácter novelesco, añadió la pérfida sonriendo, y no le asombrará que le diga que el hombre que quiera obtener mi mano aumentaría mucho sus probabilidades de éxito trayéndome esa caja.

El pobre muchacho se había mostrado decidido a realizar la intentona y la joven había fingido explicarle detalladamente la maniobra que había que hacer para llegar al centro del escollo con los menores riesgos posibles.

El efecto que me produjo aquel relato es más fácil de imaginar que de describir. El proyecto de la tal mujer se me apareció en toda su atrocidad y el sueño que me había contado me vino a la memoria con extraña claridad.

Inútil es decir que yo estaba enteramente decidido a impedir a Raúl la ejecución de su loca empresa, aunque tuviese que emplear la fuerza.

No había ningún tren para la capital hasta las ocho de la mañana. En el momento formé la resolución de marcharme con mi hijo en aquel tren, y la de velar toda la noche para no perder de vista a mi pobre insensato.

Pasamos la velada hablando y razonando. Le expuse, con toda la calma que pude, las pocas probabilidades de éxito que tenía, puesto que carecía de experiencia sobre lo que había que hacer para navegar por aquel río. Le hice ver que una mujer capaz de imponer pruebas semejantes y que así jugaba con la vida de un hombre que la amaba, no podía menos de ser una mujer sin corazón é indigna de ser amada; que aun suponiendo que él lograra traerle el objeto en cuestión, nada le autorizaba á creer que le concedería su mano.

Apelé en seguida á mi cariño por él y le recordé que era el único ser que representaba para mí la familia y la dicha en este mundo. ¿Cómo iba á atreverse á exponer así su vida, á riesgo de envenenar la que á mí me quedaba que pasar en la tierra?

Hablé mucho tiempo y con una emoción creciente que acabó por conmovérle.

Estaba yo amargamente arrepentido de haber dejado que las cosas fuesen tan lejos, y el sentimiento de la desgracia que podía herirme comunicaba á mis palabras tal calor y tal persuasión, que Raúl no pudo contener las lágrimas.

Entonces se arrojó en mis brazos y declaró por fin que renunciaba á su funesto proyecto por cariño á mí.

Eran más de las doce de la noche y le rogué que se acostase, dándole la seguridad de que yo no tardaría en hacer lo mismo.

Me entretuve todavía un rato arreglando el equipaje y pronto el ruido regular de su respiración me indicó que Raúl se había dormido. Yo estaba muy cansado y me eché vestido en la cama, prometiéndome velar hasta el día el sueño de mi pobre hijo embrujado por una ninfa maléfica. No tenía sueño, ó al menos, así lo creía. Nervioso y excitado como estaba, me hubiera parecido imposible dormirme.

Y sin embargo, eso fué lo que ocurrió. Me dormí profundamente y tuve un sueño horroroso.

Estaba yo sentado en la roca de la ninfa é Hilda estaba á mi lado y me enlazaba el cuello con sus brazos. Alrededor del escollo y como guardándole, se veía un círculo hirviente de espantosos cadáveres. De repente y fuera de aquel círculo, vi aparecer á Raúl tripulando el barquito azul y haciendo violentos esfuerzos para pasar la zona fatal y llegar hasta mí. Quise tenderle las manos y dirigirle palabras de aliento; pero, en aquel momento, mi compañera me enlazó tan estrechamente que no pude hacer un solo movimiento. Vi al esquife hacer un supremo esfuerzo para salvar el obstáculo, pero el remolino se apoderó de él y se tragó á Raúl y al barco, mientras la ninfa cruel, que me tenía en su poder, murmuraba á mi oído: «La operación está hecha; tu corazón no estará ya distraído y serás ya mío para siempre.»

Me desperté sobresaltado. Eran las cuatro de la madrugada y el sol naciente iluminaba nuestro cuarto. Me incorporé sobre un codo y busqué con la vista á mi hijo dormido. ¡Su cama estaba vacía!

Un raudal de sangre me subió á la cabeza y me puso como una nube en los ojos, mientras que un indefinible espasmo de angustia me retorció el corazón. Sin detenerme á coger el sombrero, me precipité fuera de la casa para correr en busca del desgraciado. Estaba en el escollo; no podía dudarlo ni un momento. Iba á penetrar en él para dar gusto á aquel demonio que quería arrancarme y enviarle á la muerte.

¡Ah! ¡Cuánto maldije á la pérfida sirena que le tenía bajo su peligroso encanto y le había embrujado como por un poder mágico hasta hacerle olvidar que al arriesgar su vida arriesgaba también la de su padre ó al menos su dicha!

Las calles del pueblo estaban todavía desiertas y sólo algunos campesinos que, llegaban del campo, soñolientos é inertes en sus carros, levantaron la cabeza al verme pasar, así, sin sombrero y con aspecto de terror, como un loco escapado de su jaula.



Vi á Raúl erguirse á medias y extender los brazos hacia la orilla

Recorrí en pocos minutos la distancia que separaba la población de la propiedad de Charlottenberg y llegué, sin aliento y temblando, al sitio en que mi hijo y yo habíamos contemplado por primera vez la Caldera.

Allí estaba. Por un prodigio, acababa de llegar sano y salvo á la roca de la ninfa, y estaba amarrando el esquife azul de Hilda, antes de subir al Escabel. Unos segundos después estaba en esa peña y le vi inclinarse ávidamente sobre el remanso como si buscara alguna cosa.

Pero, de repente, le vi retroceder como transido de horror, y pasaron algunos minutos antes de que Raúl fuese bastante dueño de sí mismo para afrontar de nuevo la vista de lo que acababa de espantarle.

Pero el recuerdo, sin duda, de lo que había ido á hacer allí le devolvió las fuerzas, pues le vi de pronto quitarse la cazadora y remangarse hasta los hombros. Después sumergió los brazos en el agua helada, tocó y retocó aquel cuerpo en putrefacción y registró el fondo del estanque paseando las manos por las piedras pegajosas, por los viscosos girones, por las carnes flácidas y blancas de aquel cadáver cuyos cabellos debían de tocarle la cara, pues estaba tan inclinado que su mejilla rozaba casi las aguas.

Se levantó por fin, transido, mojado y desesperado, pues no había encontrado nada, y acaso comprendía entonces que todo lo que aquella mujer le había dicho no era más que una mentira. El desdichado se sentó un momento, aniquilado sin duda por sus esfuerzos y por su desengaño.

Yo estaba en la orilla, á pocos pasos de él, medio oculto por los sauces y sin atreverme á gritar ni á hacer un movimiento, temiendo que mi vista le quitase la serenidad necesaria para salir de aquel sitio maldito.

Cuando al fin, renunciando á sus inútiles investigaciones, le vi disponerse á montar en el barco para salir de la Caldera, caí de rodillas y dirigí á Dios una ferviente plegaria para que me devolviese mi hijo sano y salvo. Invoqué que creía haber sido un buen padre para aquel muchacho, que lo había sacrificado todo para hacerle dichoso, y que había hecho de él un hombre honrado. Me acusé de no haberme cuidado acaso bastante de sus sentimientos religiosos y juré hacerlo en adelante si no me le quitaba. En fin, oré como un hombre que ve la muerte de cerca y

echa una mirada retrospectiva á su vida entera, comparando lo que ha hecho con lo que hubiera debido hacer. ¿No se trataba de mi hijo, de una parte de mí mismo?

Pero mi oración no fué escuchada... De repente, vi que el esquife giraba sobre sí mismo como una hoja seca arrebatada por el torbellino. Vi á Raúl erguirse á medias y extender los brazos hacia la orilla. Después, todo desapareció y yo caí de bruces en el suelo.

Cuando volví en mí, me encontraba en la cabaña del pescador. Aquel hombre había visto á mi hijo embarcarse en la lancha de Hilda, pero no le había chocado de ese hecho más que la hora matinal en que se verificaba. No se fijó hasta que le vió dirigirse al escollo y penetrar en él. Entonces era ya tarde para impedirlo.

Me había visto desmayado en la orilla y me había llevado en su lancha á la cabaña para prestarme los primeros socorros.

Volví en mí con un violento arrebató al cerebro que puso mi vida en peligro.

La Caldera arrojó el cuerpo de mi hijo á los cinco ó seis días, como hacía con todas sus víctimas. Sus restos desfigurados fueron recogidos por mis amigos, que supieron por telégrafo lo que acababa de pasar. Yo no supe estos últimos detalles hasta mucho tiempo después.

Han pasado más de veinticinco años desde que ocurrieron los sucesos que acabo de contar, y soy ahora un viejo que se aproxima al fin de su carrera por el mundo. Quiero, sin embargo, completar este relato con algunos detalles suplementarios que acaso interesen al benévolo lector que me ha seguido hasta aquí.

No tengo inconveniente alguno de amor propio en decir que los cinco primeros años que siguieron á la muerte de mi hijo, los pasé en una casa de locos.

Cuando salí curado y me puse

de nuevo á pintar, observé que de mi brillante carrera de artista no me quedaba casi más que el recuerdo y un poco de reputación. El sentimiento de lo bello parecía haberme abandonado por completo. El sentimentalismo me parecía ridículo y me arrojé con ardor en la escuela realista, que entonces florecía. Durante muchos años me complací en pintar cadáveres y fuí á buscar mis modelos en el depósito y en las clínicas de medicina. Aquel género, sin embargo, acabó por cansarme y me dediqué al paisaje.

Entonces me acometió un violento deseo de volver á ver la vega del Motala y de escribir esta narración.

Pero el dolor, que yo creía, si no extinguido, bastante amortiguado por el tiempo y por la larga laguna de mi enfermedad mental para permitirme escribir estos hechos sin volverlo á sentir demasiado, se ha despertado punzante y tengo prisa por terminar.

Si el azar de los viajes lleva al lector al hermoso canal de Gotha, que une ahora las dos ciudades principales de Suecia, Estocolmo y Gotemburgo, puede aprovechar una parada de dos horas que le impone en Motala el paso de las esclusas, para ir á echar una ojeada al teatro de los sucesos que acabo de contar. La vega risueña, el pérfido río y el castillo de Charlottenberg siguen allí. Sólo el escollo de la Caldera ha desaparecido. Después del fatal accidente que costó la vida á mi hijo, las autoridades ordenaron que el perro rabioso, como le llamada Hilda fuese al fin muerto. Unos cuantos cartuchos de dinamita hicieron desaparecer hasta el menor vestigio de la Caldera y del Espejo de la ninfa.

¿Y Hilda?.. ¿Y el viejo barón?

También desaparecieron.

La gente de la comarca asegura que al día siguiente mismo de la explosión de la mina, se vió salir del castillo la vieja silla de posta del barón, cargada de baúles y de efectos de viaje.

El carruaje estaba herméticamente cerrado y bajadas las persianas.

Los criados recibieron pronto aviso de que el castillo acababa de cambiar de propietario. El antiguo intendente que arregló las cuentas no pudo dar explicación alguna sobre el asunto, pues recibió él mismo la noticia por el banquero de la familia Hammarheim, que vivía en París.

Industrias raras parisienses, por M. de Nevers.—Ilustraciones de Geoffrey Strahan

Entre todos los rasgos característicos de París, es tal vez el más notable el que aquella alegre ciudad nunca duerme por completo. Por muy avanzada que sea la hora, tiene siempre París buena parte de su



El culotador de pipas

población despierta y en movimiento. El objetivo de esas aves nocturnas varía mucho y recorre toda la escala, desde el placer al crimen. De los que buscan el primero no tenemos para qué ocuparnos aquí; de los últimos, baste decir que hay en aquella capital más de cien mil seres humanos sin medio ninguno de subsistencia y que sin embargo han de comer cada día; estos cien mil seres comen, pero van á ajustar la cuenta de gastos ante los tribunales.

Mas entre esos dos tristes extremos del noctambulismo existe una legión que el observador puede estudiar con provecho, si no con simpatía. Para ellos las horas de la noche, en lugar de ser malas consejeras, transcurren presenciando cuadros de trabajos industrioses, que son la última expresión de ese espíritu que, más que nada, ha hecho de Francia la nación que es: el espíritu de economía y de industria hasta en lo más insignificante. De estos industriales es de quienes vamos á ocuparnos.

viejas, por ejemplo, por deterioradas que estén, siempre encuentran salida, como también las latas de conservas, á las que se les quita la soldadura de plomo, que se derrite, formando con ellas panes; la lata sirve para hacer juguetes de niños.

Un grado más arriba en la jerarquía indicada está el *coureur* (corredor), que es un guerrillero del gremio de los traperos, antítesis del *placier* (comisionista), que es un industrial legalmente autorizado y que tiene el monopolio de la basura de determinadas calles. Los *coureurs* son cerca de 20.000, gana cada uno más de 1'50 francos por día, lo que da un total de cerca de 30.000 francos.



El trapero

El *placier* trabaja de día, de modo que no tenemos por qué ocuparnos de él; diremos, sin embargo, que son cerca de 15.000, y que sus ganancias diarias representan 37.500 francos.

Resumiendo: hay cerca de 40.000 individuos de las últimas clases sociales que en cualquiera otra ciudad irían á engrosar las filas de los criminales, y que en París viven de los desperdicios y basura de aquella gran ciudad, ganando diariamente 75.000 francos.

De los más raros entre los raros industriales nocturnos son los llamados *reveilleurs* (despertadores) y *auges gardiens* (ángeles de la guarda). Los primeros viven despertando á los que, por razón de sus ocu-

ó á un individuo que el día antes ha matado muchos gusanillos en la taberna. Hubo un tiempo en que los despertadores ganaban hasta dos francos por día, con la módica retribución de 20 céntimos por cabeza ó de 30 por toda una familia de madrugadores. Hoy en día, debido á la competencia, el jornal ha bajado á 25 céntimos por semana por cada cliente. Apenas se comprende cómo pueda existir competencia para una ocupación que no sólo produce tan poco, sino que reúne el máximo de molestias. El despertador comienza sus tareas á las dos de la madrugada durante todo el año, tiene que soportar de sus clientes malas palabras y á veces hasta golpes, y subir por lo bajo á 20 casas, de cuatro, cinco y hasta seis pisos. Sin embargo, hay quien prefiere ese oficio á pedir limosna; aún más, se nos ha asegurado que hay institutos que trabajan por mitad de precio y otros que viven despertando á los despertadores.

El «ángel de la guarda» es un personaje afecto á ciertas tabernas de ínfima clase, cuyo oficio es velar por la seguridad de los parroquianos que se emborrachan. Les acompaña á sus casas, los defiende si llega el



El «ángel de la guarda» en funciones

caso, muchas veces tiene que desnudarlos y acostarlos, y no les deja hasta que están completamente fuera del alcance de todo peligro. Compréndese fácilmente qué conjunto de buenas cualidades se necesitan para este oficio. El «ángel» ha de ser valiente, fuerte, honrado, persuasivo, paciente, y más que nada, no ha de beber. Pues á pesar de esa suma de virtudes, sólo gana de 1'80 á 2'50 francos por día. Por regla general el tabernero le da comida y á veces casa, y como gratificación mínima recibe medio franco del que ha sido objeto de su solicitud. Tiene además otras gangas, y hasta ha habido casos en que algún borracho de profesión, agradecido, le ha dejado un legado en su testamento. Suele invertir parte de sus economías en adquirir un carrito de mano para mayor comodidad de los parroquianos. El «ángel de la guarda» sólo trabaja en los barrios extremos y en las afueras de la ciudad; en las calles céntricas son *ángeles* de muy distinta especie los que se hacen cargo de los beodos.

Unas aves nocturnas muy importantes son los miembros del gremio de los *pattes mouillées* (patas mojadas), que se dedican al comercio del tabaco proveniente de las puntas de cigarros y cigarrillos que recogen por las calles, y se reúnen en la plaza Maullert; junto á la estatua de Esteban Dolet, dos veces por semana, á las tres de la madrugada; en esos días se llama á la plaza dicha el mercado de los «patas mojadas.» Esta industria es verdaderamente remuneradora, por supuesto, siempre en modesta escala, y lo sería aún más si no fuera por el gobierno, que interviene en ella con su característica voracidad, y fundándose en que es suyo el monopolio del tabaco, ha impuesto una contribución sobre el que con tanto trabajo se recoge. Pero el «pata mojada» es tenaz y abunda en estratagemas para poder vivir y defraudar



Un «pata mojada» (colillero) recogiendo puntas de cigarro

El más popular de entre ellos es el *ramasseur de nuit* (recogedor nocturno), el más humilde de los miembros de la corporación de los traperos. Lo que los demás tiran y abandonan, él lo recoge, desde un pedazo de papel ó una cáscara de naranja, hasta un guante deteriorado. Todo tiene su valor. Las botas

paciones, tienen que levantarse mucho antes del amanecer, y se dedican á esta profesión así hombres como mujeres. Estas últimas son, sin embargo, las preferidas, por tener la voz más chillona, más paciencia y mejor genio, porque no es empresa fácil despertar de su pesado sueño á un vendedor de los mercados,

á la autoridad, que en vez de madre es madrastra para él.

Para estos y otros muchos industriales, demasiado numerosos para poderlos citar todos, los tiempos no son lo que fueron; así es que no es de extrañar que desde el punto de vista de la moralidad las aves nocturnas dejen mucho que desear; muchos están sobre la línea invisible que separa la vida industrial de la criminal y en ocasiones la cruzan; pero por regla general permanecen en los límites de lo lícito.

Aun siendo tan extrañas las ocupaciones de las aves nocturnas, esta extrañeza palidece ante la excentricidad de otras industrias de que vamos á ocuparnos. Principiaremos con la más extraordinaria de todas, la de *boulangier en vieux*, ó panaderos de segunda mano.

El inventor de ese comercio fué un tal tío Chapellier, que al morir disfrutaba de una renta de 250.000 francos anuales. Comenzó siendo traperero, y ganó el primer billete de banco que poseyó con la invención de un barniz para las patas de los pavos. Ha de tenerse en cuenta que la prueba de que estas aves han sido muertas recientemente, es decir, de que son frescas, consiste en el brillo de las patas, que al principio es de un matiz negro lustroso y va empañándose progresivamente hasta convertirse en un gris ceniciento á los tres ó cuatro días de sacrificado el animal, lo que les hace perder de valor hasta una cuarta parte de su precio primitivo. Con una ingeniosidad notable, si no digna de alabanza, el tío Chapellier se dedicó á inventar un barniz cuya aplicación conservase á las patas su lustre primitivo, y después de varias negociaciones y ensayos, logró establecer su reputación como pintor de patas de pavo. Otra ilusión que se desvanece; ya los cocineros del mundo entero no pueden tener fe en esa venerable tradición, y no hay para qué examinar cómo tienen los pavos las patas.

Pronto reunió Chapellier una clientela ventajosa y discreta; pero suspirando por más anchos horizontes, vendió á un amigo el secreto y volvió á su antiguo oficio de traperero. Ocurriósele la buena idea de utilizar los mendrugos de pan que sobran en los restaurants y casas de comida. Recorrió dichos establecimientos, entró en tratos con dueños, administradores y sirvientes y logró monopolizar todos los pedazos de pan sobrantes en un radio de cuatro millas alrededor del mercado llamado de las Halles. En cuanto tuvo algún acopio, tomó un puesto en aquel famoso mercado y puso una muestra que decía: «Venta de mendrugos,» y los vendía un 50 por 100 más barato que los panecillos más baratos. Todos los criadores de gallinas y conejos se hicieron en poco tiempo sus parroquianos, y el negocio adquirió tales proporciones, que el tío Chapellier, convertido en un señor, tuvo que tomar dependientes, comprar carros y caballos, y por último, que establecer una fábrica de esos sabrosos *croûtons*, que en todos los restaurants de París de módico precio se sirven con la sopa y el café con leche. Y no paró aquí. Las migajas que se acumulaban durante el proceso de fabricación de los *croûtons*, eran trituradas de nuevo y convertidas en *chapelure* para salsas de pan, *gratins* y *panades*, y como durante tantas manipulaciones algunas se quemaban, éstas se recogían, se las carbonizaba por completo y molidas

otra vez se vendían á los drogueros para confeccionar polvos higiénicos.

Cualquiera creería que cuando de los desperdicios de pan se han sacado media docena de artículos distintos, ya se ha obtenido todo lo obtenible; pero no es así. Cortezas y migajas, maceradas y secadas en

mos cada una. La Maillard llegó á tener sucursales de su establecimiento en todo París, y dió á cada una de sus cuatro hijas 100.000 francos de dote.

No todos los huesos van directamente á las fábricas de botones. En realidad, la mayor parte de ellos son hervidos tres veces antes de llegar á dicho término. Véndenlos primero á familias modestas, que los utilizan para hacer *consommés*; luego á las casas de comida de inferior clase para la confección de *potages gras*; y después, descendiendo siempre, á los *gargotes*, casas de comida de la más infima clase, y allí contribuyen á componer un líquido caliente apellidado *bouillon* y que se distingue de los demás aguachirles calientes en que su superficie está embellecida por unas manchas redondas de grasa que llaman *yeux*, ojos.

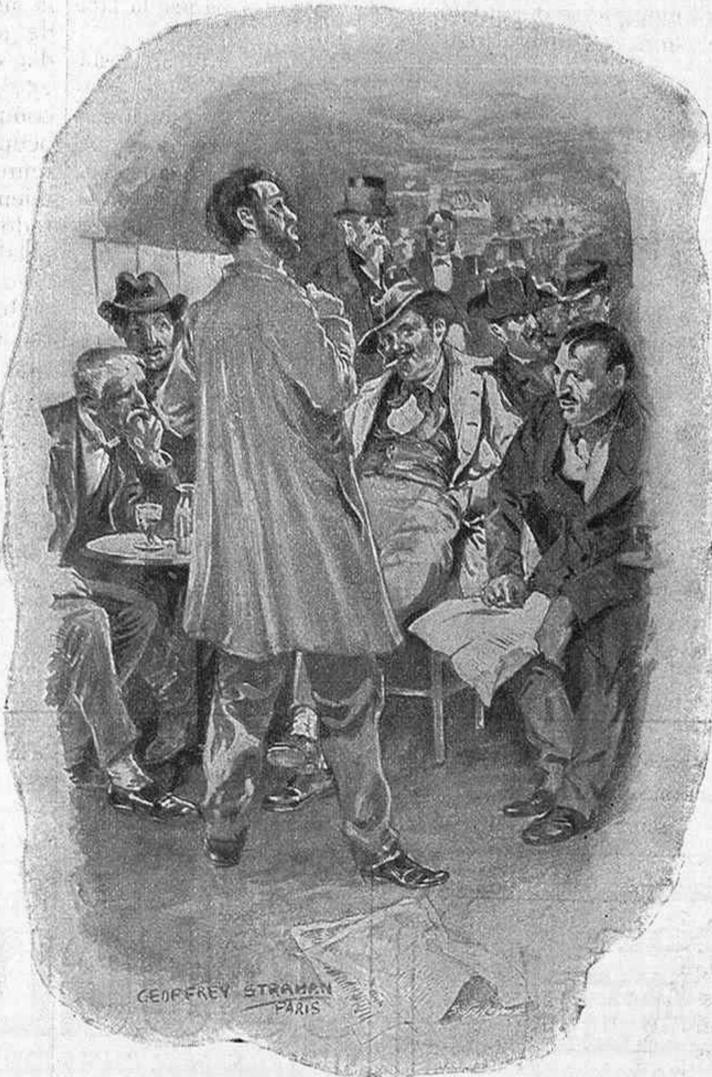
Y para terminar con esta especialidad de industriales parisienses, mencionaremos al *loueur de viande* (alquilador de carne), que es el carnicero que alquila á los *gargotiers* carne buena con que adornar sus escaparaes, para hacer nacer en la imaginación de los parroquianos la idea de que los platos de rosbif y de bíftec de á 15 céntimos cada uno que le sirven, provienen de los filetes y cuartos de excelente carne de 1'80 francos la libra expuestos á las miradas del público.

El ocio absoluto á que se entrega el pequeño rentista parisiense le conduce á hacerse cliente de una porción de industrias caprichosas, algunas de las cuales á él le deben su origen, como son el *culotteur* de pipas y el adivinador de jeroglíficos, charadas, etc.

El primero da color á las pipas de espuma de mar por la módica retribución de unos cuantos céntimos por cada una en metálico y otros cuantos en tabaco. El adivinador de jeroglíficos y demás fué otro hombre de genio, que frecuentando los cafés y restaurants del barrio del Marais, donde suelen reunirse los pequeños rentistas, observó la extraordinaria afición que esos caballeros demostraban por acertar las charadas y otros rompecabezas publicados en sus diarios predilectos y resolvió hacer de ella la base de su modo de vivir. Porque se suscitaban con frecuencia discusiones, disputas y hasta riñas entre ellos

defendiendo distintas soluciones; que terminaban, por lo general, apelando en última instancia á la decisión del dueño del café, quien, teniendo otras muchas cosas á que atender, no les prestaba toda la atención necesaria, con detrimento de su prestigio y autoridad. En vista de esto, el cafetero aceptó de muy buen grado los servicios del parroquiano, que se ofrecía á representar constantemente el papel de Edipo. Hicieron su contrato, y desde entonces, los días en que se publican charadas, acertijos, etc., éste le lleva por la mañana la lista completa de todas las soluciones, á fin de que si por la noche apelan á él los parroquianos, no tenga más que hacer que consultar la mencionada lista; lo que le vale al adivinador un sueldo mensual de 600 francos.

Quedan aún otras muchas industrias parisienses por mencionar. Terminaremos diciendo que si alguna vez nos cuentan que en París fabrican tenedores y cuchillos con la nieve de las calles, no diremos que no lo creemos, porque lo improbable se hace posible cuando el fértil ingenio de un parisiense se empeña en conseguirlo, aguijoneado por el afán del lucro.



El adivinador de jeroglíficos, charadas, etc., etc.

un baño maría especial, vuelven á su estado primitivo de harina, también especial, que se emplea en la manufactura de unas tortitas de jengibre, que se venden en las ferias á 10 céntimos el medio kilo. El inventor de esa golosina, un tal M. Hebard, murió dejando muchos millones de francos y una magnífica biblioteca, cuyo principal adorno era una colección de todas las ediciones conocidas de las obras completas de Voltaire.

Después del pan de segunda mano, viene la comida de segunda mano también. Esta vez fué una mujer de genio, una tal Maillard, la que concibió la idea de sacar partido de los restos de comida que quedan en los platos de los restaurants. De estos restos, que compra á los marmitones, obtiene: 1.º, grasa y sebo; 2.º, cáscaras y mondaduras; 3.º, huesos; 4.º, pedazos de alimentos. Lo primero, después de varias manipulaciones, va á parar á manos de los que comercian con lámparas para iluminaciones; lo segundo á la de los que crían aves de corral; los huesos á las fábricas de botones, y los diversos trozos de alimentos se dividen en pequeñas porciones que vale cinco cénti-

**VINO NOURRY**

ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES  
del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**

SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buena Exita. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

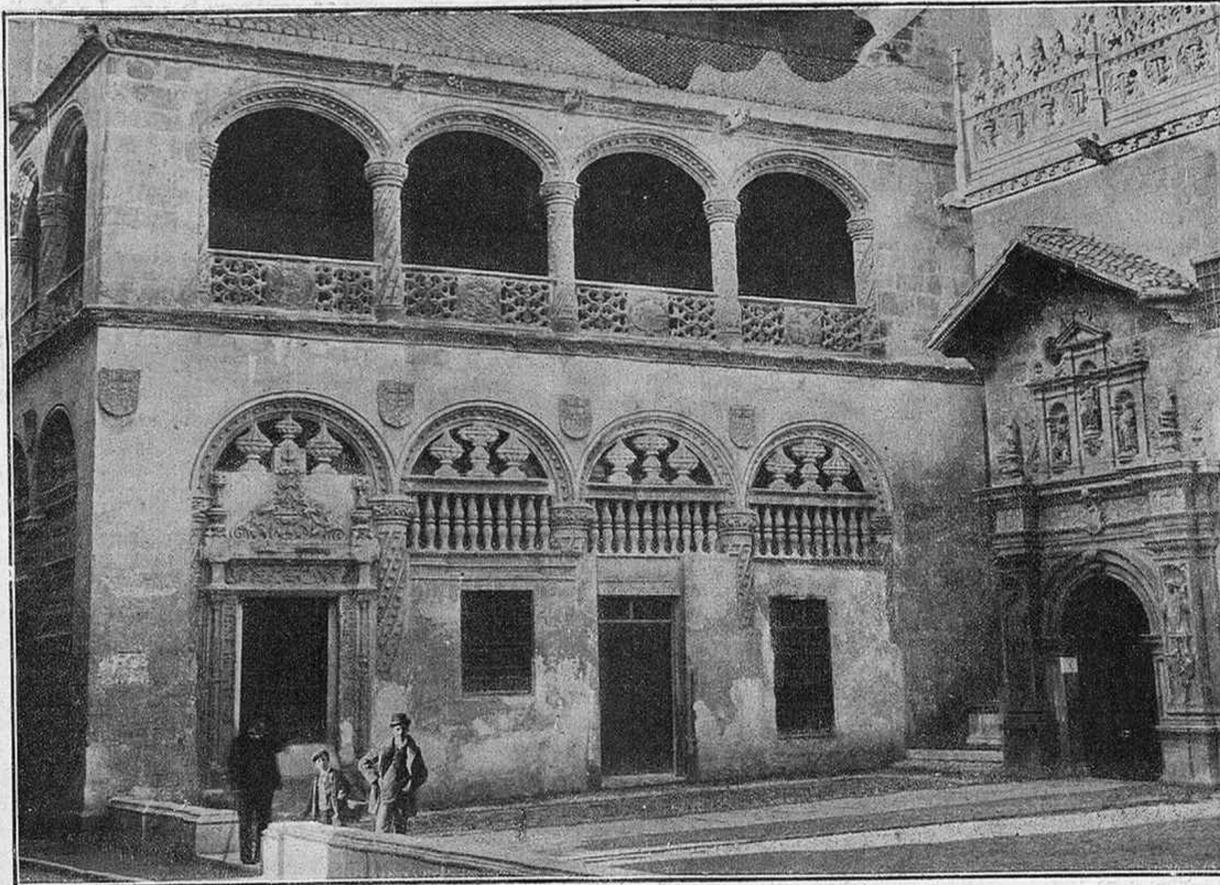
**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

SSEXTO ANUARIO DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA. - A la bondad y afecto del eminente publicista y colaborador de esta Revista Dr. D. Juan Fastenrath, debemos el hermoso volumen destinado á perpetuar el recuerdo de los Juegos Florales de Colonia, celebrados por sexta vez y verdaderamente arraigados en la bella ciudad del Rin, gracias al patriotismo de nuestro excelente amigo. Tan pulcramente editado como los anteriores, contiene una minuciosa y bien escrita reseña de tan agradable fiesta y las composiciones premiadas, así como las descripciones que de ella publicaron los periódicos de todos los países y los mensajes y felicitaciones que recibió el ilustrado vate, fundador y mantenedor de tan brillante certamen, cuya celebración reviste los caracteres de un verdadero acontecimiento y tan simpática ha de ser para nosotros. Basta examinar el libro para formar juicio de la afectuosa acogida que en todas partes merece la gran obra de cultura realizada por Fastenrath, á quien tanto deben las letras alemanas y españolas, ya que en el provechoso



GRANADA. - Cuarto centenario de la muerte de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica. - Puerta de entrada de la Capilla Real en donde se han celebrado suntuosos funerales. (De fotografía de Villa-Real, de Granada. - Véase página 798.)

cultivo de unas y otras ha logrado singularizarse nuestro amigo. Embellecen el libro varios grabados, entre ellos los retratos de la princesa Carolina de Sajonia, Reina de la Fiesta; el precioso grupo de las señoritas que formaron su Corte, así como el de los poetas premiados. Al dar cuenta de la publicación del Anuario, hemos de terminar aplaudiendo la obra del noble fundador y ofrecerle una vez más el homenaje del respeto y de la afectuosa consideración que le tributamos.

AVERÍAS Y ACCIDENTES EN LAS MÁQUINAS ELÉCTRICAS, por Ernesto Schulz. - Los editores Sres. Ribó y Marín acaban de publicar esta obra de indiscutible importancia, ya que en este período en que tan amplias son las aplicaciones de la electricidad, impónese la necesidad de conocer las averías y accidentes que puedan producirse en las máquinas y los medios prácticos para corregirlos y evitarlos. De ahí que creamos que el nuevo libro, cuya traducción del alemán ha llevado á cabo concienzudamente el ingeniero D. Enrique Campdevi, ha de prestar señalados servicios y ha de ser de gran utilidad. Forma un volumen de 116 páginas, ilustrado con 42 grabados, y se vende al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZUE-ALBESPEYRES, 78, Faub<sup>o</sup> St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LES PLAQUES ET PAPIERS  
**JOUGLA**  
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Frasco 5 fr. en Paris

**PUREZA-DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B<sup>is</sup>-Doinville

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HONOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ra</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO CLOROSIS  
**AROUD**  
CARNE-QUINA-HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**ENFERMEDADES de la PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.